

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, MAYO 6 DE 1883

DRAMA Y TRAGEDIA

Novela Histórica

LA AMIGA MARGARITA R. DE GUTIERREZ
POR J. P. DE SAGASTA

(Continuacion)

En aquella triste carta de Luis hay una palabra, una sola, que zumba en mis oidos y sácia todo el orgullo inmenso de mi corazon. No la recuerdas, Rosa? Nadie, ni Leoni la supo pronunciar jamás de esa manera. Mira si no es bello á pesar de *todo* ser amada así.

•Jamás despues que fuiste mia, jamás otra forma de muger entró á mi pensamiento: ni supe si existian otras mugeres que tú en el mundo!

Sí, yo he creido eso, aquella naturaleza es la de un ángel y su corazon es puro como el rayo de un lucero.

Ah! Rosa, quisiera olvidar á Leoni para amar á Luis, pero esto es difícil, la imágen de Leoni, sus recuerdos, llenan mi alma como llenan mi corazon los glóbulos de mi sangre.

Tú dices que no se puede vivir solo del pasado, que la ilusion se quiebra al soplo de la indiferencia. Sí, tienes razon.

Enero 4 de 18

Querida Bosa:

Hoy he llegado á V. y mi primer descanso de tan largo viaje es para tí. Escribir para enviarte todas las palpitaciones de mi corazon es mi sola dicha, si es que alguna dicha puede tener un sér tan desgraciado como yo.

Despues de haber pasado algunos dias á tu lado y bajo tu tierno cuidado, me siento mejor, y si bien está el cuerpo enfermo, el espíritu está mas consolado.

Pienso con envidia en el cuadro de tu

dicha, en tu hogar; ah! ya no lo tengo yo! Y recordando tus bellos niños, me digo con pena: si yo tuviera un hijo! ¡oh! entonces talvez Luis me perdonaria; y el olvido de aquel amor fatal no seria imposible.

Pero yo no tengo nada, he perdido á Leoni, he perdido á Luis, y con ellos va toda mi ilusion y toda mi esperanza.

Ignoro mi porvenir y á qué parte del universo me arrastrará el giro dei destino. Voy llevada por mi triste suerte, léjos del escenario del mundo, buscáudo el último refugio, la muerte.

No quisiera decirte estas cosas tan tristes, á tí que eres una criatura feliz, pero ¡qué quieres! no tengo mas afecto que tú. Eres pues la única persona que puede compadecerme.

Mañana parto, iré á P.; voy á tomar allí los baños saludables de ese rio benéfico. No creas que busco en ellos un remedio, no, solo deseo un alivio á tantos dolores que destrozan mi cuerpo, para morir mas tranquila. Despues en los viajes se distrae el espíritu esto me impulsa. Desde allá te daré noticias de mi salud.

Esos juguetes para los niños. ¿Me recuerdan? Yo los tengo presentes á todas horas; me consolaban tanto!

Dales muchos besos y diles que su pobre amiga tiene la esperanza de abrazarlos otra vez.

Adios.

Enero 11.

Dos meses que no te escribo! Mi viaje ha sido sin descanso.

He cruzado como llevada por el vapor sin detenerme mas que lo muy preciso para cambiar un tren, tomar una diligencia, subir un caballo, ó cruzar de cualquier manera, la mas rápida, el campo, la aldea y el mar. Hoy he llegado al término de mi viaje, me hallo instalada en una hermosa habitacion alta perteneciénte á la casa de baños de P. Desde mi balcon diviso un bello paisaje.

Los peñascos de la costa!—allí se quiebran y cantan con la borrasca las olas del mar cuando se agita convulsionado por los monstruos. Este panorama es mas bello que

nunca en la mañana, entonces donde quiera que abarque la mirada, descúbrese la calma del mar sin olas, ni murmullo de marejada.

Las aves marinas, nadan sobre la cresta de las espumas como esas naves pequeñas que se ven apenas á gran distancia.

Los huéspedes del establecimiento, es decir, los enfermos toman el sol, sentados sobre las peñas ó en las arenas tibias de la playa. Se pesca, se juega, y los muchachos de los barcos levantan en la orilla gran algazara, que llega hasta mí, como un murmullo de vida y alegría.

Los remos descansan en todas las embarcaciones, las redes inmensas, cuelgan de los palos, para orearlas al sol de medio dia; algunas muchachas, frescas y bellas como la Graciella de Lamartine, suben la pequeña barranca con los piés desnudos y blancuísimos: la pollera de color vivo, y recogida á la cintura, y el cántaro de barro lleno de agua sobre la cabeza, sostenido con ambos brazos. Son muchachas del establecimiento, que llevan agua dulce del rio para los bañistas que la prefieren.

La noche tambien es bella, y este es un cuadro solemne, rodeado de encantos especiales.

Sobre todo en aquellas intensamente oscuras, cuando se oye el golpe de las olas que se estrellan sobre la playa solitaria y se escucha apenas entre las ráfagas del viento las voces lejanas de los pescadores.

Las barcas cruzan sumerjiéndose en el agua ó elevándose á una altura incalculable. La luz moribunda de sus antorchas resinosas parece extinguirse con los silbos del viento, y ora parecen sobre la playa, ora á gran distancia como luces fatuas que cruzan la inmensidad, ó como luceros caidos, que brillan y se apagan á cada golpe de mar.

Es muy bello este cuadro y me satisface de una manera increíble.

Cuántas veces, Rosa amada, echada de brazos sobre la reja de mi balcon contemplo este paisaje predilecto, ya en la noche ó la mañana, y un torrente de lágrimas moja mis ojos. Es que busco en torno y en

cuentro la soledad de mi vida! Nadie para mi cariño.

Marzo 23 de 18.

Rosa:

Tu carta es original. ¿A qué hablarme de *aquello*? A fuerza de sufrir *lo he* arrancado de mi corazón! No me preguntes pues mas nada, ni quiero que me cuentes cosas tan tristes. Yo lo adivino *todo*, no obstante te diré á tí que sabes todas las palpitaciones de mi corazón, y todos los pensamientos de mi cerebro, esta última verdad. Quisiera no haberme sacrificado á una criatura indigna!

¿No es verdad Rosa, que no hay amor sin aprecio? Solo cabe en el corazón de la madre,—de la mujer amante, jamás.

Te ruego que no vuelvas á escribir para mí su nombre que fué toda mi dicha en el pasado.

Nada me digas, nada tampoco me preguntes, sabe solo esto: que soy muy desgraciada.

Y en medio de esta desgracia en que se envuelve mi vida y toda mi alma deshecha, hay algo peor que el *olvido* de Leoni, algo que pesa sobre mi corazón como un infierno: el desprecio de Luis y su infelicidad!

¡Ah! es horrible!

Anoche no mas, sola, en la postracion de la mas profunda amargura, el recuerdo de Luis, de aquel tierno compañero de otros dias, se alzó en mi corazón como un rayo de luz, y apagó con su brillo sin mancha toda imágen y recuerdo extraño.

El tambien, pensé, como yo, pasará su vida estéril y solitaria, un sitio vacío en la mesa y en el lecho; y enjugué ante tan dolorosa reflexion, una lágrima de mis ojos. ¡Pobre Luis!

(Continuará).

* * *

Por el mar de la fria indiferencia,
Al soplo volador de la inconstancia,
Navega un corazón que se encamina
Del olvido á la orilla solitaria.

¿Qué cuerpo es ese que, desde él lanzado,
La onda fugaz entre su espuma arrastra?
Es el cadáver de la fé que arrojan
Para que marche mas veloz la barca!

CELESTINA FÓNES.

LA CARIDAD

Dedicado á mi querida amiga Raquel Corelli.

¡Mirad, envuelto en nubes de incienso; coronado de una aureola brillante, con sus luminosas alas desplegadas, descende á la tierra un ángel! A su paso brota la luz de la oscuridad, el abismo parece iluminarse con una claridad radiante, la alegría sonríe donde un momento antes la desgracia y la miseria batian sus negras alas, el calor y la vida circulan de nuevo donde el hálito helado de la muerte paralizaba el movimiento!..... Luz, alegría, animacion esparce en torno suyo ese ángel de formas deslumbradoras....

¿Quién es, de donde viene? Es el mensajero radiante del bien, viene de su patria, el cielo: es la caridad!

¡Miradlo! no se dirige á la morada fastuosa del rico, no va á habitar los palacios magníficos de los poderosos de la tierra; se oculta en la mansion humilde del pobre, en los Hospitales, en los asilos del infortunio... huye á la luz artificial, para refugiarse en la luz celestial!

Cierra con mano cariñosa los ojos del moribundo abandonado, guarda sus despojos en la tierra, está siempre presente á la cabecera del lecho del enfermo, mitigando sus padecimientos, dándole de beber del breva salvador, cobija y abriga, bajo sus alas protectoras al que desamparado y solo sucumbe en medio de la calle aterido de hambre y de frio, enciende la lumbre en el hogar entristecido, coloca el pan en la mesa del desvalido, recoge al párvulo infeliz arrojado á los caminos públicos por una mano criminal, y desde ese momento, ya no es este el espósito, el huérfano, porque es el hijo de la caridad y esa madre cariñosa vela por él.

Pero, aún hace mas! si salva el cuerpo de las torturas del dolor, salva tambien el alma del naufragio de la fé!

Allí, donde én encontrado torbellino se debaten furiosas todas las mezquinas pasiones que es susceptible de alimentar el corazón humano, allí, donde hediondos y repugnantes se revuelcan en el cieno, seres infelices, vencidos en su lucha con la miseria, allí donde todo es fetidez, lepra, escoria! alza su frente la caridad, y la regeneracion de esas almas envilecidas se efectúa, la redencion de esos seres por el bien se produce, su restitucion á la sociedad, es un heecho!

La solidaridad humana, no es una utopia, como muchos espíritus egoistas y desconfia-

dos afirman, la fusion de las razas en una patria general, única, absoluta, no es un problema, la conjuncion de las diversas sociedades de la tierra, en una sola sociedad universal, está muy lejos de ser una quimera, aunque si es una obra magna encomendada al tiempo y á la marcha progresiva de las ideas y del espíritu de confraternidad humana.

Pero sabeis cuál será el lazo que ligará esos átomos dispersos, el resorte impulsor que contribuirá á reunir las diversas familias humanas para formar una sola, inmensa hermandad? la caridad.

La caridad, sí, es decir, el espíritu mútuo de ayuda y proteccion, la abnegacion sublime del sacrificio, la negacion del egoismo, la idea del bien general triunfando de la mezquina idea del bien individual, la singularidad grandiosa abatiendo la pluralidad pequeña, todos en vez de yo repugnante, muchos en vez de algunos, Religion en vez de religiones, Sociedad en vez de sociedades, absoluto en vez de varios, el espíritu de caridad, en fin, realizando la gran comunidad humana.

La caridad es la condesancion de todos los sentimientos nobles del corazón humano, en un solo sentimiento.

Decir caridad, es decir Dios.

Es la bondad infinita clasificada con la palabra caridad.

Hay la caridad de las acciones, como hay la caridad de pensamientos, pero todo se espresa con la palabra caridad.

Para la caridad no hay huérfanos, como para el bien no hay mal.

José L. O'DONNELL.

BIBLIOGRAFIA

«Lucia Miranda», este es el título de un libro que acabamos de leer y que aún se ofrece á nuestra mirada. . . .

Despues de recorrerlo hemos quedado absortos y deslumbrados.

¿Quién ha producido ese libro? ¿á qué autor pertenece?

A una mujer! No, digo mal, á una niña que apenas ha traspuesto los dinteles de la infancia. . . á una jóven pensadora que como *Diotima* el filósofo de *Megara* entona su profeta y canta el ensueño casto de su alma, que juega con la lira y la estrofa como la vírgen alejandrina *Hipatia*, con los astros del cielo. . . como ella asombraba á los discípulos neo-platónicos desde la

cátedra de filosofía, la poetisa canta y adormece y consuela. . . .

El amor á un culto ferviente tocó en aquellas almas y las alzó hasta las ciencias y la sábiduria, la inspiracion feliz templó en esta otra la cuerda sensible que vibra en ciertas almas privilegiadas y que suena solamente al choque de los grandes sentimientos, y dió en ella por resultado un himno bello preludiado sobre la naturaleza y templado en el arte.

No sabemos qué admirar mas en ese libro, si la gala de su pensamiento siempre activo y feliz, ó si el vuelo atrevido de sus difíciles estrofas.

Hay muchas que una fuerza tentadora de asombro y de satisfaccion nos las ha hecho volver á leer, como esta:

Ellas son cual dos aves que á la tierra
Cruzan cantando del amor poema
Que otro poema de dolor encierra,
Sin que jamás se aparten en el viaje,
Sin que abatan el vuelo
Sinó en un mismo gajo del ramaje:
Lo que en el templo de los cielos ata
El amor inmortal, en este mundo
Nunca la mano del mortal desata!

En esta como en muchas otras se entrevé el vigor de la idea y la inspiracion mas profunda y melodiosa.

Celestina Fúnes canta como los zorzales de su tierra, como esas canoras calandrias que, nuevas sirenas del bosque, atraen y subyugan al que las oye; la poetisa rosarina tiene como esas aves, en su cantar, la atruccion desconocida de lo bello y de lo ideal.

Al leer, no ya su poema, que reviste la forma de un estudio profundo de aliento y voluntad serena y firme, al conocer sus primeros versos, los albores de esa luz que brilla en su cerebro y alumbró su alma de niña, se exclama involuntariamente:

¡He ahí una verdadera poetisa!

Sus versos, blandos en la expresion, en el alorido, y en la frase misma, son lindos naturalmente, sin esfuerzo, con la misma facilidad que han sido producidos, como una gota límpida que arrastra sin lucha la corriente. . . se leen y se siente al aspirarlos algo como un lazo fuerte de esa simpatía moral que aproxima el espíritu al espíritu.

Su poema «Lucia Miranda», es bello por todos conceptos; pero habriamos preferido un asunto original, una creacion suya despojada de esa trabazon vetusta que siempre reviste la tradicion; mas, cuando otra

antes ha tratado el mismo tema aunque no en tan bella forma.

De todas maneras creemos á «Lucia Miranda» una obra llena de bellezas, de génio é inspiracion.

No decimos por esto que esté exenta de defectos; estos existen siempre y los hay en todos los libros escritos del universo.

Pero en cambio, cuánta melodía, cuánta majestad y fluidez en el verso! y en la intencion, cuánta ternura y pureza!.....

Cada estrofa remeda una vibracion del sentimiento, de la mas noble manifestacion del alma.

La fuerza tentadora de la armonia, de la cadencia natural y sencilla, las sube de la página al corazon, y pasan como una plegaria íntima sobre los lábios, como pasa en las tardes bellas de octubre un perfume desconocido, que roza nuestras sienas en alas de una ráfaga del céfiro.

La imágen de Lucía, casta como la madre de Jesús, pura como la esposa de Ulises, es la sombra consoladora del ideal que el hombre busca sobre todo rumbo de la tierra.

En todo el poema se descubre la inspiracion y esas galas del espíritu tan difíciles de hallar hoy que la poesía ha tomado la forma métrica de las reglas geométricas y aritméticas, donde es forzoso ajustar el arte y velar la inspiracion, ni mas ni menos que un recorte exacto de zapato ó de cualquier otra cosa por el estilo.

Celestina ha triunfado, cantando á la sombra magnífica de sus bosques y al murmurio gigante de sus rios.

Saludémosla entonces como á la primer poetisa americana, y tendámosle una mano amiga á través de esos bosques y esos rios.

J. P. DE SAGASTA.

San Martin, Abril 30 de 1883.

MADRESELVAS

¡Oh, brisa de la tarde,
Que rozas mi cabello
Con el afan doliente
Del último recuerdo:
Eres la voz querida
De su postrer acento?

¡Oh rayo de luz tibia,
Del horizonte inmenso,
Que iluminaste á su alma
Con el amor del cielo:

¿Porqué ya no me alumbras
Abandonado y huérfano?

¡Oh, nido solitario,
Pradera, bosque, huerto,
Jardin que abrió sus flores
Para ella, en otro tiempo:
¿Porqué, ni ruidos de alas
Ni luz, ni aromas siento?

¡Oh, madre selva triste,
Que guardas en tu seno
El llanto de las nubes,
La queja de los vientos:
Dime, si eres emblema
De mi dolor eterno!...

LEOPOLDO DIAZ.

MANUEL LOPEZ LORENZO

Recorro con la imaginacion, asisto á través de ese prisma poderoso á las escenas mas íntimas de la vida del poeta y del amigo, del filósofo y del maestro cariñoso, y ante la lucha amarga y constante desarrollada en esas escenas, viene á mis lábios la frase de Bossuet: la vida es un camino escabroso cuya salida es un espantoso precipicio.

Esperanzas del alma, sueños y aspiraciones infinitas, afan de gloria, anhelo eterno de felicidad, ahí vá todo, en horrible confusion, en inmenso desborde, rodando al precipicio de la tumba....

Qué triste es la suerte de la vida humana! De qué sirve luchar? Para qué tanto sacrificio, si ese hermoso porvenir que sueña el hombre se desvanece al nacer de cada aurora?

Hay una ley inflexible en la naturaleza; hay un secreto inmenso en el destino; respetemos este secreto y elevemos la mirada al cielo los que tenemos todavia un pié en el sendero de la juventud; allá está todo, está la esperanza.

Hay seres que viven casi olvidados y mueren tambien en el silencio, aunque sus hechos y sus palabras sean bastantes á llevarles en la hora de su muerte todos los homenajes y todos los respetos.

Seres que no tienen otro afan que hacer el bien: abnegados hasta el martirio, difundiendo la luz de su inteligencia pero batallando con la miseria. Si ese sér es un poeta, solamente le recordamos cuando su lira derrama una armonia que acaricia un ins-

tante nuestro oído, y pasa, como el canto ligero de un ave; si es un artista, apenas si llegamos á conocer su nombre cuando vemos anunciada su muerte; si es un filósofo, beberá la hiel del sarcasmo y sus palabras se perderán en la frialdad del egoísmo.

Hé aquí á los héroes ignorados, los «genios desconocidos» que según la expresión de un poeta, solo tienen su palma de gloria en un rincón del Infierno del Dante.

A esos héroes que saben luchar con las desgracias humanas sin decaer un momento en la lid, al número de esos poetas que viven lejos de los grandes tumultos sociales, cantando sus estrofas tristes como el pájaro aislado en la selva, pertenece Manuel Lopez Lorenzo.

La muerte ha ido á sorprenderle en su apartado retiro; tal vez no á sorprenderle, porque él, infortunado, la esperaba, como se espera á una amiga tierna que no há de tardar en venir á dar un lenitivo á nuestras penas; la esperaba, por que sentia que la esperanza le abandonaba, la vida huía de su corazón, su pecho iba tomando poco á poco la frialdad del mármol.

Descanse en paz!

Lopez Lorenzo era un poeta de elevada inspiración.

Un poeta filósofo, un enamorado de los grandes ideales á cuyo calor se retemplan las almas superiores.

Cantaba, escribía versos, cuando un rudo golpe de la suerte venia á tronchar una de sus esperanzas, cuando sentia en su cerebro la idea de la gloria llamándolo con insistencia á formar en las filas de los pensadores de su segunda patria, evocaba sus recuerdos en las horas que le dejaba libre el trabajo rudo de la enseñanza, del cual era esclavo abnegado; tomaba su bien templada lira para llorar las desgracias de España, tierra en que vió la primera luz, ó para cantar con varonil acento sus pasadas grandezas y su presente gloria.

Pero no solamente cantaba á su patria evocando el recuerdo de los primeros días de su vida, sino que también lanzó voces en loor de la tierra argentina en que había formado su hogar.

Hacia largos años que se había dedicado á la enseñanza. Su instrucción era vasta, su inteligencia hermosa.

Yo recuerdo aquellos días de la infancia en que recibía la lección de sus labios, en que oía sus palabras, sin saber quien era el hombre que tenía delante, sin comprender

la misión que desempeñaba, ignorando que aquel hombre era un poeta, un ser desventurado, un peregrino detenido de pronto en su marcha, para hacer el bien á sus semejantes.

Lo respeté como maestro, lo amé después como amigo y lo admiré y lo aplaudí como poeta.

Hoy lo recuerdo y lloro su muerte.

Lo recuerdo y recuerdo en él los días felices de la niñez, el hogar entonces feliz de la familia hoy dispersada, los juegos infantiles, los paseos en compañía de los discípulos compañeros, aquel patio de la escuela que atronábamos con nuestros gritos, aquellas solemnidades en que esperábamos recibir el premio á nuestros estudios, los temores experimentados en la víspera de un examen, las horas dulces de las vacaciones, la lección aprendida á la luz del hogar tranquilo, todas esas escenas que no se olvidan nunca, que tienen un altar en la memoria del hombre y le acompañan hasta la tumba.

Quién me diría entonces que llegaría una época en que sería hombre y contemplando la tristeza del presente recordaría la felicidad del pasado! Quién me diría que había de ser yo uno de los pocos que llorarían la muerte del maestro!

Lopez Lorenzo escribió mucho. Fue premiado en varios certámenes literarios.

Sus poesías, algunas de las cuales tengo á la vista en un tomo titulado *Flores del alma*, son hermosas, llenas de inspiración, impregnadas del más esquisito sentimiento.

Ellas salvarán su nombre del olvido.

Yo no hago su biografía, aunque conozco toda su vida; le pago el tributo de mi sentimiento.

Era aquella una alma superior; aquel un corazón noble.

En tanto no voy á su tumba á deshojar en ella una flor regada con lágrimas; lo recuerdo en lo más íntimo de mi ser y esclamo con otro poeta:

—Tú te vas orando de la tierra, no con las manos manchadas de sangre, crispadas por el miedo, mordidas por el odio, sino blancas y puras como tu alma, blandamente unidas en demanda de amor para los hombres. Plega, plega poeta, ante el Dios de los buenos, tus manos siempre honradas; y con tus labios que nunca dijeron palabras de odio, con tus versos que no tinó nunca la hiel, pide piedad para los que sufren, fuerza para los que esperan, energía para los que trabajan!

Ora mucho, hermano mío!

PEDRO BARREIRA.

EL MENDIGO OPULENTO

I.

Había, no decimos dónde ni nombramos quién, por consideración á desgracias que, aunque merecidas, no nos son completamente extrañas, ni creemos, salvo el debido respeto, que tampoco lo sean á nuestros lectores; había, repetimos, en el susodicho sitio un hombre en tan miserable estado que, habiendo decidido en un momento de locura ahorcarse á fin de poner término á sus males, no pudo realizar tan desesperado propósito, faltar de dos cuartos con que comprar una cuerda.

Sobre el desnudo suelo, sin otra cubierta que la sutil de un aire de Diciembre, dejaba, como tratándose de cosa poco digna de ser defendida, que disputasen su existencia el sueño y el hambre, que, pretendiendo arastrarle cada cual á mundo diferente, le cubaban su fantasía de mentirosos espectros y de tormentos verdaderos. En medio de esta brega y confusión percibió clara y distintamente, aunque por hallarse tan turbado no se atrevió á asegurar si con los ojos de la imaginación ó con los de la cara, un borrico de variedad desconocida á los naturalistas, pues era de color de carne, y de tan cultos modales que, parándose ante él, le saludó y le habló de esta manera:

—Señor, hace tiempo que busco trabajo y no lo encuentro, apesar de ser de suma habilidad. Con tal de que me digan lo que he de hacer y cómo he de hacerlo, no hay nada que por difícil se me resista. Aunque os parezca débil, poseo un instrumento con el que así horado montañas ó levanto ciudades como bardo y pespunteo, y en prueba de ello, mirad; y levantando una de sus patas delanteras, enseñó un aparato algo parecido á una mano humana que, sin saber cómo, se fué sucesivamente transformando en hacha, martillo, sierra, escoplo, cincel, tenaza, aguja, pincel, pluma y otra infinidad de instrumentos de tan infinitas y variadas formas que, desvanecido nuestro héroe, tuvo que apartar su atención de aquel espectáculo. Gozoso el inteligente animalito con el efecto producido, continuó así su comenzada peroración:—Mandadme, pues, señor, y al punto seréis obedecido: ni os asuste el desmedido del salario; trabajo solo por cuestión de higiene, de modo que, tejiéndome perfectamente mantenido, puede disponer de mí á todo vuestro talento y voluntad.

—¡Medrados estamos! exclamó nuestro hambriento protagonista. ¿Y podemos sa-

ber de qué se alimenta ese donoso cuerpecito, que me ha dado en la nariz cierto olorillo de que la sutil retórica que gastais, no es producto de cosa tan plebeya y borrical como son la paja y la cebada?

—Esa pregunta, señor, prueba la sublime grandeza de vuestro ingenio. Aunque injusticias y desabrimientos hacen que tengamos que presentarme á vuestra merced en tan humilde traje, títulos conservo de nobleza que bastarian á colocarme á nivel de los mas encumbrados. Pero, dejando esto —que no trato de afligiros con el triste relato de mis amargas cuitas, es lo cierto que, aunque no desdeño el reino vegetal, no hago de él mi principal sustento: prefiero las carnes condimentadas.

—Y no dudo que no despreciareis tampoco el jamon, la volateria, los embuchados estremeños...

—No en verdad, si para ayudar á su digestion, un tanto penosa, se le agrega una botella del dorado Manzanilla ó del tinto de Ciudad-Real.

—Veo que sois sugeto de provecho, á quien no han de desagradar tampoco los mariscos.

—Siempre que se les añada para combatir sus malos efectos un poco de leche. Esto, algunas ensaladas, frutas y alguna que otra golosina, forman el nervio de mi comida ordinaria, que queda completa con algunos aperitivos de Galicia, pimientos de la Rioja, anchoas de Málaga, tal cual copita de Jerez, Montilla y Alicante, café, helados...

—Sentiria que os quedase algo por cortejar ó falta de memoria.

—Tan solo algunas frioleras, como chocolate de Soconusco, manteca de Vustorviejo, queso de Villalon, almíbares, pastelillos, licores, ponche, sangria, refrescos, bien que muchas de estas cosas no tocan principalmente á la comida, sino mas bien al desayuno, el almuerzo, la merienda y la cena, pues se me olvidaba advertiros que en esto, como en otros muchos puntos, soy decidido partidario del sistema antiguo.

—¿Y fumais tambien?

—¿Qué duda tiene, siendo, como veis, español? Un habano, digan lo que quieran médicos envidiosos, es un recuerdo vivo de nuestras antiguas glorias, predispone á la meditacion y dá al que lo usa cierta fisonomia grave, varonil y circumspecta.

—¡Voto á...!—y le soltó redondo nuestro protagonista sin poderse ya contener—que si no os quitais al punto de mi presencia, habeis de ver para lo que habeis nacido! ¡Jamones y perdices le pide á quien hace

dos dias que se mantiene con un mendrugo de pan y queso!

—No os irriteis, le contestó, retirándose mas que á paso el ahora temeroso animalito: os obedezco, pues una necesidad inflexible me obliga á cumplir vuestros deseos, aun los más injustos y desatinados; pero no tardareis en arrepentiros y...

Colérico nuestro hombre iba ya á realizar sus amenazas, cuando el hablador borrico desapareció.

II.

La rapidez y la violencia del intentado esfuerzo, la debilidad antigua, el sueño aplanador de toda actividad, la cólera que aún á los sanos maréa y enloquece, uuiéndose y contrabalanceándose en el espíritu de nuestro héroe, le asediaron durante largo espacio con pensamientos inconexos y visiones extravagantes, hasta que, cuando ya comenzaba á recobrar la perdida calma, le apareció voltigeando en medio de un luminoso círculo la imágen de una hermosísima mujer, cuyo rostro ya amable, ya severo, ya terrible, arrebatava y encantava siempre. Su cuerpo, ténue y vaporoso como el de los ángeles, esparcia en derredor embriagadores aromas. Su boca exhalaba de continuo nuevas y poderosas armonias que encadenaban el ánimo y conmovian dulcemente el corazon. Su perfil, de una admirable pureza de líneas, reunia jastroño milagro! la nobleza y la gracia de la estatuaria griega á aquella cándida sencillez y pureza espiritual de los rudos, pero creyentes artistas del siglo XII.

Cubria los delicados miembros de la siu par doncella, flotante y deslumbradora túnica que, al plegarse dócilmente á cada movimiento, ora reflejaba los melancólicos matices con que se anuncia el día, ora los ricos colores con que se despide en el crepúsculo vespertino. Y la abundante madeja de sus dorados cabellos, al entrosarse sobre la alabastrina espalda y el níveo seno de la hermosa, semejaban los dorados rayos del astro del día irisados en las puntas de eterno hielo que coronan las cumbres de los altivos montes.

Embebido contemplaba el asendereado y maltrecho protagonista de nuestro cuento á la encantada beldad, á cuyo aspecto el sueño dejaba de oprimir pesadamente sus sienes y hasta el hambre cruel detuvo un momento sus dolorosos cuanto certeros dardos, cuando aquella con figuras, con músicas y con aromas hizo viviente lo que en vano pretendemos traducir en estas ru-

das palabras:—¡Es así como debia encontrarte, oh hijo de los cielos, oh rey de la creacion! Tú, que puedes convertir la despreciable arcilla en vasos que todo el oro de la tierra no es bastante á pagar; tú, que puedes dar calor al mármol frio, vida al metal insensible, fijar la luz incoercible y fugitiva, convertir el desapacible ruido en melodioso torrente lleno de verdades y de bienes, que haga de la triste mansion que habitas paraíso aún por los querubenes envidiado: tú, que con cada idea que contemplas ante los que son los soles polvo miserable... vén, abandona esos ruines cuidados que te afligen; vén, vén conmigo al palacio de los géneos.

Allá y aún más allá volára de buena gana nuestro héroe, si cierta desazon, que nunca confesaron los hidalgos, no le mostrara que la necesidad le tenia bien sugeto. Así debió comprenderlo la oradura, pues sin interrumpirse se rectificó diciendo: pero ¡loca de mí! olvidava donde estamos; pero no te desanimes ni te apenes; yo te haré obedecer de esas fuerzas que te oprimen, yo trocaré en goces sus exigencias mismas dándote al punto los medios edecados para satisfacerlas. ¿Qué hace falta para esto? Un poco de oro: pues bien, oro es lo que pisas; la materia es una, sólo se trata de presentarla en la debida forma y condimento

—¿Y eso es fácil?

—Sencilísimo. el calor es la materia primera, el oro es calor condensado; ahora bien, condensemos el calor en los senos de la tierra, arrebatemos á Sirio uno de sus rayos, escondámoslo durante cuatrocientos mil años...

—¿Te burlas?

—No prosigas, te comprendo, te parece largo el plazo; podemos abreviarlo. El azogue es plata móvil: fijémoslo. Espesándolo con un poco de nieve...

—Embustera.

—¿Tampoco esto te satisface? Dejemos, pues, la alquimia, recurramos á la magia, tracemos el pentágrama.

—Trapalona.

—¿Dudas de las ciencias ocultas, te asusta el diablo, prefieres objetos mas tangibles aún cuando menos poéticos? Mis recursos son innagotables. ¿Olvidas que soy la musa de los arbitristas? Haremos moneda de papel, inventaremos...

—¡Dios mio! ¿quién me libertará de esta loca? exclamó con toda su alma el fatigado protagonista de este cuento.

III

—Yo, respondieron; y adelantóse gravemente una severa matrona de fijo é impasible mirar, llevando en la diestra una antorcha encendida. Dirigióla hácia la jóven, y al punto se ennegrecieron sus falsos adornos y se mostraron en repugnante desnudez sus engañosos atractivos: otros, que en esto mostraron ser verdaderos, adquirieron por el contrario más brillo y consistencia.

—Yo, repitió la voz, la verdad eterna, maestra del deber. Y pues ya conoces á la que intentaba seducirte, vuelve los ojos á tí mismo, que conocerse á sí propio es el principio de la sabiduría.

Pero nuestro hombre, hartó ya de visiones, como supondrá fácilmente el benévolo lector, no muy seguro de sí y escarmentado en cabeza ajena, se apresuró á responder:

—Es lo que me faltaba, venirme ahora con filosofías: vete.

La antorcha se apagó y todo quedó en silencio. Minutos despues el principal personaje de ésta historia dormia profundamente.

IV

Descansando dejamos á nuestro pobre visitado y sermoneado conocido, y de buena gana hubiese seguido entregado á los dulces halagos de Morfeo, si cierto vientecillo fresco, ordinario nuncio y precursor de la diligente aurora, no le obligara á deshabilitarse mal de su grado. Restregóse los ojos, desentumeció sus miembros, y hallándose con el entendimiento despejado por el ayuno, púsose á reflexionar falto de cosa mas lucrativa en qué ocuparse.

—¡Válgame Dios, dijo, cuán necio é inconsiderado soy! Bruscamente despedí aquellas dos señoras y al borriquito, cuando venian á proporcionarme lo que yo tanto tiempo busco sin resultado, el modo de vivir sin trabajar. Porque si la buena matrona me revelara, como prometió, las eternas leyes que rigen el Universo; si aquella ágil jovencuela me trazara el plan conveniente para aprovecharlas en cada caso; teniendo de mi mano al hábil, incansable y dócil borriquito, ¿qué príncipe soberano, qué banquero judío, qué opulento rentista se pasara mas cómoda existencia, sin temor á contribuciones, motines ni quiebras? En verdad que he dejado escapar la fortuna que ya tenia asida de los cabellos. Yo aseguro que, si de nuevo volviese á encontrarla... mas de fijo no volverá á buscarme. Y si no viene, ¿qué hemos de hacerle?... ¿Qué?

salirle al encuentro. De hallarla hé, aún cuando se oculte en lo mas profundo de los abismos. Y así, animado por la esperanza, último de los bienes que se pierden y el primero que se recobra, púsose en marcha incontinenti.

V.

Pocos pasos habia caminado el sujeto de nuestra historia, y yá, despertando la necesidad con el movimiento, trababa sus piés, cuando hé aquí por una suave ladera vió venir hácia sí un anciano de luenga y venerable barba, pero robusto aún, que alegremente se dirigía á una heredad cercana, llevando bajo de sus brazos un pesado legon y un enorme pan al que no tardaron en dirigirse miradas codiciosas.

Acercóse hácia él nuestro héroe sacando fuerzas de flaqueza, y cuando llegó á distancia en que podia ser oido, le dijo así con voz doliente y desmayada:

—Buen viejo: hace veinte y cuatro horas que estoy sin comer; si me dais un pedazo de ese pan, riquezas tengo sobradas con las que habré de pagaros con usura la caridad que me hagais ahora.

—Tomad, le respondió el anciano, cortándole un gran zoque: aunque el pelaje que gastais mas parece de mendigo que de rico propietario

—Propietario soy de mis fincas tales que mas de cuatro vanidosos me han de envidiar luego que entre en posesion de mi herencia, y contó aquí brevemente lo que en los anteriores capítulos dejamos referido.

—Ciertamente, que si tales dones aprovechais, replicó el anciano sonriendo, acaudalado, qué digo acaudalado, opulentísimo habeis de ser, y, es lo mejor del asunto, que no teneis que ir muy lejos para encontrar á los que perseguís, pues con vos mismo los llevais. La severa matrona que se os apareció no es sino la razon, luz divina que en todos brilla y á todos nos dirige; la gentil doncella, es la imaginacion; y el dócil borriquito, vuestro propio cuerpo. Con tales compañeros jngo habeis de sacar de las piedras, y el menor de vuestros pensamientos ha de producir obras inmortales, pues siempre llevareis á Dios en vuestra ayuda.

¡Más, desgraciado de vos! habeis sido hasta aquí como los otros hombres. Cegados por la codicia quieren arrebatár al vecino lo que no saben utilizar, teniéndolo en su misma casa; con los ojos cerrados pretenden encontrar tesoros, y con las manos atadas por el ócio acumularlos. ¿Qué suelo hay por ingrato que sea, á quien no haga el trabajo

fértil y productivo? ¿Qué materia por ruin y miserable que parezca, á que no dé el arte precio infinito? ¿Qué idea que convenientemente desarrollada no dé aliento y ocupacion á cien generaciones?

Calló el anciano, callóse nuestro hombre, y tras un breve rato en que lucharon en su mente los antiguos con los nuevos pensamientos, dijo al fin entre alegre y resignado:

—Teneis razon; desde ahora comienzo á ser un hombre nuevo.

—Decid más bien, que desde ahora sólo es cuando comenzais á merecer el título de hombre.

VI.

¿Fué verdad ó fué sueño lo que en los anteriores capítulos se relata? No lo sabemos ni nos importa tampoco averiguarlo. ¿No valdria más preguntar si es verdad ó si es mentira: no es mejor conocer y trabajar para tener, que ignorar y destruir para envidiar?

FEDERICO DE CASTRO.

MISCELÁNEA

A nombre de nuestro Director agradece mos las siguientes líneas, en que *La Republica y El Nacional* anuncian la aparicion de su nuevo libro de poesias:

—El tierno y dulce poeta, el mas querido de los bardos argentinos, Gervasio Mendez, publicará en breve una nueva edicion de sus producciones, en un volumen de 250 á 300 páginas, ricamente impreso en papel Jesús.

Entre lo inédito que contendrá este volumen, figura un tiernísimo y bello *Canto á Celia*: una elegia á la memoria de la señora Delfina V. de Mitre, un poema que aun no tiene título y muchos fragmentos de esas composiciones que Mendez sabe arrancar á su arpa, impregnadas de sentimiento, desbordantes de intentísima pasion, empapadas de llanto.

Hay algo como el canto del cisne moribundo en algunas de las estrofas que hemos recojido de los lábios trémulos de Mendez, cuando la musa lo visita y la luz de la inspiracion relampaguea en sus pupilas que no han podido encegucet tantas gotas de llanto.

¿Quién no lo conoce? ¿Quien, que lo haya visto, que haya vivído un momento bajo

su techo, en el pobre hogar del poeta enfermo, no siente sus mismas penas y llora con sus mismas lágrimas?

Gervasio Mendez nos es querido por esta afinidad de sentimientos que nos atrae al infortunio, y nos hace inclinar la cabeza delante de los grandes sufrimientos.

Bien venido sea su libro, historia en que ha escrito todas sus tristezas, todos sus anhelos, todas sus amarguras este bardo argentino, que lo dedica á otro poeta no menos grande é inspirado: á Ricardo Gutierrez.

La República.

Nuestro sentimental poeta Gervasio Mendez, que como cisne herido lanza al aire sus quejas, envueltas en el suave aroma del sentimiento, publicará en breve una nueva edición de sus poesías. Todo el mundo conoce las tiernas inspiraciones del vate enfermo, que lucha con brio con su suerte, que le tiene amarrado al hecho helado de la parálisis.

El nuevo libro contendrá nuevas composiciones inéditas de gran vuelo; entre ellas están una á la memoria de la señora Delfina Vedia de Mitre, un *Canto á Celia*, que encierra muchas bellezas, un poema al dolor, de mucha energía, y una dedicatoria al Dr. D. Ricardo Gutierrez, á quien Mendez dedica esta nueva edición.

Será un ameno y voluminoso libro, ricamente impreso, y que sus numerosos admiradores saborearán ansiosos.

El Nacional.

Hasta los primeros días de la semana entrante no debutará la compañía lírica que debe funcionar en Colon.

Dice *La Epoca* de Madrid:

«La Patti ha cantado últimamente en Washington, *La Traviata*, ante el Presidente Mr. Arthur, que al día siguiente dió en la Casa Blanca una velada en honor de la célebre artista.

La *diva* ha recibido además proposiciones para cantar el año próximo en Nueva York, cobrando 22,000 francos por representación.

La proposición aún no ha sido aceptada.

Esto se llama tener una garganta de oro!

Don Máximo Santos ha tenido un rasgo noble: ha perdonado la vida á sus enemigos, los militares que se habían ido al extranjero á conspirar.

Es lo del portugués:

—Castellano, si me sacas del pozo, te perdono la vida.

Don Máximo llamó al otro día el ministro de marra, escupió por el colmillo y le dijo:

—Es necesario que esos militares dejen de comer ostras.

—¿Ostras? repitió el ministro con aire sorprendido.

—Ya vuelva Vd. á quedarse con la boca abierta? dijo don Máximo malhumorado.

—Señor, tengo el honor de no entender....

—Ustedes nunca entienden nada; digo que es necesario que esos militares dejen de comer ostras. ¿No conoce V. tampoco esos *mamelucos*?

Moluscos se llaman, señor, y á fé que me gustan una barbaridad; pero no comprendo qué analogía puede existir entre esos militares expatriados y la familia de....

—¿Qué familia?

—De los ostráceos.

—No la conozco; es de su relación?

—¡Ah, señor! se trata de una familia zoológica.

—¿Zoo.... qué? ¡vamos! alguna familia extranjera. Ya sabe Vd. que casi no visito á nadie. Pues como íbamos diciendo, creo oportuno que vuelvan al país esos militares, pues en el destierro no hacen más que conspirar contra mi augusto gobierno, y aquí podríamos vigilarles de cerca y atarles corto.

—Bueno, pero todo eso no me explica lo de las ostras.

—¿Pues no me ha dicho V. que están condenados al *ostracismo*!

—Es cierto, señor.

—Y *ostracismo*, ¿no quiere decir comer ostras?

—Ostracismo, señor, era el nombre que daban los griegos al destierro que imponían á los que atentaban contra las libertades públicas.

—Bueno, será lo que usted quiera; pero convenga usted en que hay necesidad de que vuelvan esos militares. Quiero echarmelas de generoso y ¡ay de ellos si vuelven á meter la pata!

—Señor, esa figura es poco... retórica.

—Déjese usted de *retortas*. Voy á ser un *Carton*.

—Caton, señor.

—¡Ese sí que fué un grande hombre! según me ha dicho el ministro de Hacienda, todavía se conserva de él un tratado á la *rustica*.

—Le habrá dicho que se conserva un tratado titulado *De re rustica*, que quiere decir....

—¡Ya sé! ¡tratado de los reyes rústicos! ¿Cree usted en la *mete cinco ó seis*?

—¿En la *metempsicosis*?

—Sí, eso es, pues yo creo que el alma que tengo perteneció á Caton. La severidad es mi Sur.

—Se dice el norte.

—¡Qué norte, hombre! ¿No estamos en la América del Sur? ¡qué empeño en interrumpirme!

—El deseo de que no haga un papel desairado el primer magistrado de la república, disculpa mi atrevimiento, señor.

—Conque ya lo sabe V., ordene que se dé de alta en el ejército á esos militares y que la Fama entregue tan grata noticia á *vientos cardenales*....

—¡Cardinales, señor.

—Como V. quiera.

El ministro saludó á don Máximo y se fué á cumplir sus órdenes.

En la *Revue Scientifique*, correspondiente al 3 de Marzo del año corriente, se registra con el título de *El microbio del crup* un escrito del señor E. L. Trouessart.

El articulista pasa en revista los autores y los trabajos que se han ocupado de colocar á la difteria, una de las más terribles enfermedades epidémicas y contagiosas, en el número de las afecciones *parasitarias*.

El *micrococcus diphtericus* se encuentra en abundancia en las falsas membranas y en la sangre de los individuos atacados de difteria.

Esta verdad—adquirida ya para la ciencia—era y es puesta en duda por muchos médicos, resultando de ahí que el tratamiento de la enfermedad se resienta de esa incertidumbre, y que su ineficacia obligue tantas veces á recurrir á la traqueotomía, «espedito quirúrgico que atestigua la insuficiencia de la terapéutica médica.»

Siguiendo las huellas de Pasteur, que con sus trabajos y su escuela ha producido una verdadera revolución en lo que se refiere á la naturaleza y al tratamiento de muchas enfermedades tanto internas como externas, Wood y Formad, médicos de Filadelfia, emprendieron en 1880 y 1881 experimentos que han tenido al fin un éxito completo.

Hé aquí un extracto de los laboriosos trabajos de aquellos experimentadores:

Inocularon bajo la piel y en el tejido muscular de un cierto número de conejos

falsas membranas tomadas en la garganta de individuos afectados de anjina diftérica. Los resultados fueron negativos. Los conejos murieron de tuberculosis.

Cuando las falsas membranas eran introducidas directamente en la tráquea, se obtenía por el contrario una violenta inflamación con producción de pseudomembranas, histológicamente idénticas á las de la difteria y que contenían diversas formas de *micrococci*.

Pero las esperiencias hechas paralelamente, como control, demostraron que la producción de las falsas membranas nada tenía de específico.

Las cosas estaban ahí, cuando en 1881 reinó una grave epidemia de crup en Michigan.

Formad se proveyó abundantemente de falsas membranas—y las inoculaciones que practicó bajo la piel, en los músculos y en la tráquea, dieron todas un resultado idéntico: el punto inoculado se cubrió de una exudación cenicienta; invadieron las falsas membranas, y la sangre se llenó de micrococos.

Quedó probado también que estos esquizomicetos son la causa de la afección.

Estas investigaciones han sido emprendidas por instigación y bajo los auspicios del consejo de sanidad de Filadelfia.

El estudio del Sr. Trouessart es complementado con algunas palabras sobre el tratamiento, fundado en el parasitismo de la afección,

Por tal razón se aconsejan los sulfurosos (hígado de azufre; sulfuro de sodio, pastillas de azufre y últimamente sulfuro de calcio); empleando concurrentemente los ácidos en forma de gárgaras.

Como los esquizomicetos no pueden prosperar sino en un medio alcalino, los ácidos (sulfhídrico gaseoso, clorhídrico diluido y cítrico) están perfectamente indicados porque impiden el desarrollo de los micrococos y disocian fácilmente las falsas membranas.

Se debe condenar el abuso de los vomitivos y sobre todo del emético.

Las pulverizaciones de ácido fénico han prestado servicios.

El articulista termina así:

«Sea como fuere, el sulfuro de calcio parece bastar en la gran mayoría de casos. Se transforma así una afección de las más malignas en una enfermedad de las más sencillas y cuyo éxito es rara vez fatal, si se ha conseguido sostener las fuerzas del paciente con tónicos y una alimentación conve-

niente. No queda ya á cuidar sino una angina ó una bronquitis comunes, contra las que el médico no permanecerá desarmado si sabe hacer un empleo juicioso de los alcaloides y de los otros medios terapéuticos que tiene en sus manos.»

—En medio de los horrores de una tempestad, el capitán de un buque vió á un marinero mudándose la camisa.

—¿Qué significa esta operación en tales momentos?—exclamó asombrado. Pero el marinero le contestó con la mayor naturalidad:

—He oído decir al padre capellan hace poco que íbamos á aparecer en la presencia de Dios, y creo no estará de más que se presente uno con la camisa limpia.

Ante la Curia eclesiástica ha ocurrido un caso que debe tener pocos precedentes.

Se trata de una novia que en el espacio de mes y medio ha ocurrido á la Curia á otorgar esponsales con tres distintas personas.

Rosa Defilpo llámase la moderna Helena, es italiana, y cuenta apenas 18 primaveras.

El 3 de Marzo del corriente año compareció en la Curia acompañada de Francisco Riso, con quien declaró estar dispuesta á contraer matrimonio, extendiéndose en consecuencia el respectivo contrato de esponsales.

Pero no habían trascurrido nueve días, cuando, el 12 del mismo mes de Marzo, Rosa y Riso aparecieron de nuevo en la Curia y manifestaron que desistían de su anterior propósito. El escribano tomó nota, y los esponsales quedaron anulados.

Una semana después, el 19 de Marzo, Rosa se presentaba por tercera vez en la Curia, á otorgar nuevo contrato de esponsales con Francisco Sasolo, contrato del que desistía el 21 de Abril, con gran asombro del escribano, que no daba crédito á tan singular caso de versatilidad femenil.

Un mes después de su segundo desistimiento, ya tenía Rosa su novio número 3, en la persona de Domingo Starino, acompañada de quien se presentó otra vez á la Curia, á celebrar sus terceros esponsales.

La tercera es la vencida, dice un proverbio vulgar, y probablemente esta vez iba Rosa á casarse de veras, cuando héte aquí que Sasolo, el novio número 2, se presenta oponiéndose á las intenciones de Rosa, negando su acuerdo para el desistimiento interpuesto por esta.

¿Se creerá que Sasolo quería casarse con Rosa?

Nada de eso.

Su oposición no tenía mas objeto que obtener la devolución de los obsequios que había hecho á aquella durante su noviazgo, ó, en cambio, la suma de 1,400 pesos moneda corriente, en que los estimaba.

O Rosa no estaba completamente decidida á abandonar de una vez su condición de soltera, ó no tenía como acceder á las exigencias de Sasolo, lo cierto es que hasta ahora está pendiente su último contrato de esponsales, para anular el cual debe transcurrir, según la ley, un plazo de noventa días.

El resto de la compañía de ópera que actuará en Colon llegará en el *Umberto I* que estará en este puerto el 18 del corriente.

Para conmemorar el décimo aniversario del fallecimiento de la poetisa cubana Gertrudis Gomez de Avellaneda, celebróse últimamente una conferencia literaria en el teatro de Albu, de la Habana.

M. Flourens, director de cultos acaba de publicar un estado numérico del clero secular en Francia. Resulta de ese curioso trabajo que actualmente existen en Francia 55,385 eclesiásticos, cuya cifra se descompone en esta forma; arzobispos y obispos 87; vicarios generales titulares, 182; canónigos, 751; secretarios de obispado, 130; curas, 3,397; curas ecónomos, 27,752; vicarios, 10,379; padres auxiliares, 4,617; capellanes, 2,486; superiores, directores y profesores de los grandes seminarios, 703; directores y profesores de escuelas secundarias eclesiásticas, 3,101. Cuéntase además, 5,538 alumnos de los grandes seminarios y 2,134 alumnos de las casas secundarias eclesiásticas.

El *Album del Hogar* lleva en el presente número los siguientes materiales:

Drama y tragedia, por Josefina P. de Sagasta.—... poesía, por Celestina Fúnes.—La caridad, por José L. O'Donnell.—Bibliografía, por Josefina P. de Sagasta.—Madreselvas, poesía, por Leopoldo Diaz.—Manuel Lopez Lorenzo, por P. Barreira.—El mendigo opulento, por Federico de Castro.—Miscelánea.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, MAYO 13 DE 1883

DRAMA Y TRAGEDIA

Novela Histórica

JUDICADA A MI AMIGA MARGARITA R. DE GUTIERREZ
POR J. P. DE SAGASTA

(Continuacion)

Enero 15

Querida Rosa:

Vuelvo á escribirte hoy. Hay sucesos en ciertas y determinadas circunstancias de la vida, que llenan de lágrimas el corazón, y entonces se busca;—es una necesidad imperiosa expandir el alma en una confidencia íntima, confesion inocente, pero que solo puede hacerla un corazón como el mío profundamente lastimado, á un corazón como el tuyo enteramente amigo.

Voy á hablarte de un triste episodio ocurrido anoche en medio de la borrasca, y que ha conternado á cuantas jentes viven aquí en la casa y en los alrededores.

Figúrate que la heroína de esta tragedia histórica es una pobre muchacha de aquellas que subian el cántaro de agua dulce á los bañistas del establecimiento. Entre estos, hay un jóven enfermo de gentil figura y rostro pálido, bello si se quiere, pero de mirada audaz y andar altanero. Su belleza, de que él hace alarde, no es simpática, y puede una mirada como la mia, descubrir á través de ella la depravacion del alma.

Lleva en su semblante enflaquecido el sello fatal de una enfermedad que lo consume en secreto. Muchas veces al cruzar la playa, ó subir las rocas de la orilla, lo he hallado y he vuelto el rostro con disgusto:—no habia porqué, pero aquella mirada de sus ojos negros, era como una cosa que en sucia.

Pues bien, este jóven seductor de oficio habló de amores á la infeliz niña, le hizo todas esas promesas de constancia que ellos saben hacer, y acabó por amenazarla con

levantarse el cerebro de un pistoletazo si no correspondia su cariño, y lo que es mas, no satisfacia sus exigencias.

La infeliz era tan honrada como hermosa mas de una vez me detuve á su paso contemplándola con asombro, sobre todo llamaba mucho mi atencion la coqueteria inocente de su atavío, su vestido blanco como la nieve, sus zapatos con cintas rojas sobre el pié blanco y desnudo de media, su collar de corales siempre en torno del cuello, y luego sus cabellos con trenzas enormes caidas y enlazadas con flores frescas y fragantes; casi siempre y como con predileccion, con pequeñas amapolas, adornideras, que arrancaba al rayar el alba de los prados vecinos. Esta muchacha bella, tiene novio, me dije algunas veces al encontrarla en mi camino compuesta tan de mañana, y ella, pobre niña, me saludaba con su voz suave y su sonrisa mas dulce.

¿Cómo vá el cuerpo señora?—decíame al pasar aunque fuera á la distancia, y muchas veces al regreso de la playa, traia para mí una flor, un nido, un caracol nacarado, cualquier objeto que ella encontrara bello y con el cual creyera agradarme. Yo se lo agradecia siempre con un beso sobre la frente...

¡Pobre Lina!

Ayer vino por la tarde, me abrazó, ahí yo no sospeché ante tanta tristeza que aquel era su último abrazo.

Una lágrima brilló en sus ojos y yo le pregunté porqué lloraba.

Ah! señora, me dijo, lloro por que pronto no la volveré á ver á Vd. mas.

No seas tonta, le dije creyendo que se referia á mi partida próxima, yo volveré el año entrante.

Entonces se apartó en silencio y sin decirme nada se alejó.

¡Pobre muchacha, esa fué su despedida!

Una extraña algazara despertó mi sueño de la mañana siguiente; me asomé al balcon y un cuadro doloroso se ofreció á mis ojos. Algunos pescadores, traian en brazos el cadáver de Lina, la reconocí en el acto, sus trenzas, su collar, sus zapatos, era ella. Todavía un gajo fresco de amapola, rever-

decido en el agua que á ella la mató, asomaba de entre sus cabellos mojados.

Aprovechando la borrasca de la noche Lina habia buscado descanso entre aquellas olas que lamieron sus blancos piés mil veces cuando alzaba el agua en su cántaro de barro. Allí habia sepultado en el fondo del abismo el secreto de su vergüenza. La infeliz iba á ser madre y el miserable seductor habia reido con carcajadas de triunfo ante las lágrimas de la víctima.

Ea, muchacha, le habia dicho, tú has sido feliz con mis caricias, qué mas quieres? oro? ahí lo tienes, vete, sino quieres ser mi querida ya... Lina habia devorado sus lágrimas, y se habia apartado del infame sin un reproche, sin una súplica, sombría y resuelta, con la resolucion del último refugio: la muerte.

Pobre Lina! Quiéno habia de pensar tan sublime valor dentro un cuerpo tan delicado!

Todas las gentes lloran y cuentan sus virtudes en torno de su lecho donde está tendida; yo he ido allí tambien, he adormado su frente pálida con una guirnalda de adornideras, y algunas lágrimas de mis ojos han caido sobre aquel rostro desfigurado por la muerte horrible.—Ante su cadáver y el dolor de su historia, el recuerdo de Leoni, que lleva todavia y apesar mio, toda mi alma, se ha levantado de mi seno con un grito de suprema gratitud. Caí de rodillas al pié de la rústica tarima donde estaba Lina muerta, y alcé mi plegaria de gracias, con el nombre de Leoni.

Jamás su pensamiento fué impuro para mí, me amó como se ama una imagen. Jamás, ni su caricia, ni su pensamiento tuvo otro fin, fué casto y celeste como una belleza del cielo.

Oh! Leoni, tú me amabas. ¡Es verdad que me amabas! sí.—Era posible tu actitud noble sin cariño? No! Me habrias dejado el remordimiento sin consuelo de la culpa, el rubor eterno de la vergüenza, y tal vez vivo el fruto de mi delito... Oh! qué habria sido de mi vida entonces, cómo arrastrarse en la tiniebla de una conciencia criminal, y cómo confesar á Luis mi culpa miserable!..

Gracias, Leoni, me has dejado pura y digna de Luis. No me manchaste con tu amor. Oh! si tú hubieras sido como todos, quizá, quizá, me habrías arrastrado en tu caída, y como esta infeliz, como Lina, estaría hoy dormida para siempre con el dolor de una culpa que no tiene enmienda una vez cometida.

Has hecho bien, pobre criatura, has hecho bien en morir: cuando empieza la deshonra debe acabar la vida. Has hecho bien, has hecho bien.

He vuelto á mi habitación para escribirte este triste episodio y llorar mucho. Esta historia ha traído á mi memoria el pasado y he sentido como una renovación de todos mis dolores.

La vida me cansa, nada tengo, ni espero nada. Oh! si yo tuviera el valor sublime de Lina!

(Continuará.)

LOS ESPECTROS AÉREOS CURIOSOS FENÓMENOS METEOROLÓGICOS

El hombre que pasa la vida en el seno de las ciudades ó de los países llanos, que jamás tiene ante la vista mas que un aspecto uniforme más ó menos extenso; el que no ha vivido en la contemplación de las altas montañas de cimas blanqueadas por la nieve, que no ha viajado por las cañadas vírgenes formadas por los torrentes, que no se ha sentado en la verde colina sobre el límpido espejo de los lagos inmóviles y silenciosos; ese no podría comprender el carácter de grandeza, de magestad, de dominio, que pertenece á las montañas, gigantes de granito erguidos delante de las naciones, reyes de la atmósfera, colectores de las nubes, dispensadores de las fuentes, de los ríos, de la vida.

Allí arriba, encima de esas cúpides que se bañan en el azul celeste, se cierne el alma humana sobre los leves movimientos moleculares que agitan la superficie terrestre. La mirada que desde el aerostático solitario que llevan los vientos al través de las alturas de la atmósfera, se extiende sobre el globo, dá al espíritu una idea brillante de la vida, y, además, produce una impresión de contento indefinible, de plena quietud, de júbilo íntimo, resultado de la situación particular en que se cierne el aeronauta, desprendido del mundo inferior y de sus vicisitudes. Sobre las montañas la impresión es menos personal, mas severa, pues siente

uno mas sólidamente en torno de sí el reino de las fuerzas físicas en acción en la vida del globo.

Las nubes elevadas del seno de los mares por el calor solar van é condensarse en estado de nieve sobre las cumbres alpestres que las detienen, y sucesivamente amontonan una agua sólida, cristalizada en bloques, y que, en tal estado, resiste el torbellino de la naturaleza y guarda en reserva los tesoros de la fertilidad. En primavera, el banco de hielo deja manar algunas gotas de una agua límpida. La fuente despierta, fresca, sorprendida, asombrada, bulliciosa; se desliza por la roca escarpada, brincotea, muge, circula cantando. Llama á sus hermanas, que descienden tambien de las nieves eternas, reúnen con ella, y, de cresta en cresta, se las vé, se las oye surgir ó precipitarse en cascadas hasta los arroyos de los pastos, calmarse, callarse, convertirse en ríos en los fértiles valles ó al atravesar los continentes inmensos: aquí el Ródano, bajando hácia las indolentes aguas del Mediterráneo; al lado, buscando por el contrario el mar del Norte, el Rhin, eterno objeto de guerra entre las moléculas humanas que enarbolan pabellones multicolores en ambas márgenes.

Pero, antes de dar vida á las plantas, á la yerba de las praderas, á los árboles de la selva, á las aves de los bosques, á los ganados de los pastizales, á la humanidad que distribuye sus familias por los valles, á lo largo de los ríos y demás corrientes de agua, las nubes forman nada menos que un mundo, especial, inmenso, fecundo en maravillosos espectáculos que los ojos del hombre no se cansan de admirar. Un mes en los Alpes vale por años. El aire que allí se respira, la calma y la serenidad de las alturas, la extensión de los horizontes, la grandeza de los espectáculos y sobre todo la asombrosa variedad de fenómenos meteorológicos, despliegan allí, ante nuestras miradas, las páginas mas bellas del libro de la naturaleza abiertas delante de nosotros en las mejores condiciones de estudio y de apreciación.

Entre esos grandes espectáculos observados en el mundo de la atmósfera, merece especial mención el curioso fenómeno de los espectros aéreos.

Es imposible permanecer algun tiempo en las montañas, mas arriba de la altura media de las nubes, á 1500 ó 2000 metros de elevación por ejemplo, sin ser testigo de ese género particular de fenómenos ópticos, que no pueden dejar de impresionar mas ó me-

nos profundamente la imaginación menuda viva.

El valiente é infatigable general de Mansouty nos ha enviado del Pico del Mediodia gran número de dibujos en que se vé proyectarse, á la presta del sol, la sombra triangular del Pico en las brumas extendidas sobre las colinas y las llanuras del Nordeste. Con bastante frecuencia, la cumbre de la sombra del Pico está rodeada de un halo coloreado con los matices del arco-iris.

Uno de los espectáculos mas bellos observados en esas alturas es, sin disputa, el que describió M. Albert Tissandier cuando hizo, el día 17 de Julio de 1882, una excursión al Pico del Mediodia, en compañía de M. Mascart, director de la oficina meteorológica, de M. Th. Moureaux, y de M. Favre, del Observatorio de Tolosa:

«Del lado del Mediodia, escribe, se veía el inmenso panorama de las montañas bañadas por resplandeciente luz, mientras que, por el lado del Norte, las llanuras de Pau y de Tarbes estaban completamente veladas por un mar de nubes de un blanco brillante y por los vapores luminosos que de ellas se desprendían á cada instante para perderse en el cielo azul. Hácia las tres y media, dichos vapores empezaban á envolver frecuentemente el Pico, pasando por encima de los tejados del Observatorio ó yendo á abismarse en el barranco de Etrises. En aquel momento estaba yo dibujando en las rocas, cuando de repente me maravilló el aspecto luminoso que tomaron las brumas que acababan de velarme parte de la vista de que yo deseaba sacar un esbozo. Un arco-iris de color blanco pálido se formó sobre mi cabeza, luego dos halos de brillantísimas tintas se mostraron en el fondo del barranco; luego, por fin, ví mi propia sombra entera destacándose en el centro mismo de aquellos halos. Mi sombra estaba rodeada de una auréola de color amarillo pálido, de resplandores blancos despues, y, por fin, de rutilantes matices perfectamente marcados, rojizos, anaranjados y violetas.

«Llamé en aquel instante á uno de mis compañeros de viaje que vino á admirar conmigo aquel curioso efecto de espectro del Brocken visto en el Pico del Mediodia; al acercarnos uno al otro, las sombras de nuestras cabezas se encontraron en la misma auréola, parecían coronadas de rayos sombríos que venían á cortar los resplandores de arco-iris de nuestros halos. Movimos los brazos, y, en la sombra parecia que nuestros dedos despedían tambien un rayo

as sombrío que se movía siguiendo nuestra voluntad, como las aspas de un molino. La puesta del sol y al día siguiente por mañana, siendo el estado del cielo casi mismo, pudimos gozar del magnífico espectáculo de la sombra del Pico en las laderas, rodeada de resplandores tornasolados del mas bello efecto.

Este curioso fenómeno se produce en las montañas cada vez que hay simultáneamente sol de un lado y niebla del otro, pudiendo servir de pantalla para recibir la sombra del observador; pero raras veces tan completo y grandioso como en la observación que acabamos de señalar.

Una de las descripciones mas antiguas y mejores que se han hecho de esta observación data del 23 de Mayo de 1797; es la del espectro del Brocken, observado por el viaro Hane en la cumbre de esta célebre montaña, en donde el fenómeno se produce en verano, á la salida del sol, tan frecuentemente (gracias á las condiciones meteorológicas de esta estación) que, desde hace algunos siglos, los turistas ascienden la montaña en ese fin especial.

Muchas veces he observado el mismo fenómeno en los Alpes; particularmente en el Rhigi (cuya sombra se vé á menudo á la salida del sol, ora en las brumas del lago de Lucerna, ora en el mismo monte Pilatos) y en las cimas espléndidas del Oberland bernés. Pero, en ninguna circunstancia he podido estudiarlo mejor que en globo, porque entonces puede uno darse cuenta del estado físico de las nubes en que se produce, penetrar estas nubes, determinar su temperatura, y convencerse inmediatamente de que las hipótesis de Bouguer, Saussure, Scoresby y de otros meteorologistas, que explicaban el hecho por la reflexión de la luz sobre partículas heladas, no son necesarias. En las montañas, como no puede uno cerciorarse directamente del hecho envolviéndose en la nube, se está reducido á conjeturas. En globo no hay ya necesidad de hipótesis.

En el segundo viaje aéreo que hice el 9 de Junio de 1867 observé la sombra del globo que veíamos deslizarse graciosamente sobre las praderas, envuelta en una auréola luminosa mas clara que el fondo de la campiña. Al día siguiente, desde las cinco hasta las siete de la mañana, pude observar que pasando la auréola por las aldeas, la de Melly (Sena y Oise) por ejemplo, ocupaba un espacio mayor que la aldea entera. Pero esta sombra encuadrada en una auréola no es mas que un diminutivo del magnífico

fenómeno que se presenta cuando la sombra del globo cae sobre nubes colocadas á corta distancia y formadas por vapores dispuestos en cúmulus. Allí es verdaderamente maravilloso el espectáculo. Me ha sido dado admirarlo y estudiarlo completamente durante mi viaje aéreo del 15 de Abril de 1868.

Aquel día, á las cuatro de la tarde, llegando al aerostático al nivel superior de las nubes, á 1415 metros de altura, vimos salir del nublado, delante de nosotros, en la parte opuesta del sol, un globo casi tan grande como el nuestro, sosteniendo una barquilla como la nuestra, en que tambien vimos á dos viajeros aéreos tan fáciles de distinguir que se podian reconocer sin dificultad por sus siluetas características.

«Se distinguen, escribia yo en mi diario de abordo, los mas mínimos detalles, hasta las delgadas cuerdas, hasta los instrumentos suspendidos; agito la mano derecha; mi Sosia agita la mano izquierda; Godard hace flotar la bandera nacional; la sombra de una bandera ondula en la mano del espectro aéreo. En torno de la barquilla se observan círculos concéntricos de diversos matices; primeramente, en el centro, un fondo blanco amarillizo en que se destaca la barquilla; luego un círculo azul apagado; al rededor una zona amarilla; en seguida una zona color rojo gris, y por fin, como circunferencia aérea, un ligero matiz violeta que se funde insensiblemente en el tono gris de las nubes.

«Un sol ardiente nos inunda con sus rayos, y dilatando el aerostático, aumenta nuestra fuerza ascensional. Un cielo azul, al cual subimos como por encanto, se abre sobre nosotros. La sombra del globo, mucho menor y mas distante de nosotros, se diseña entera, y tanto mejor cuanto mas espesa es la nube en que se proyecta; el arco iris la rodea enteramente. Un océano vasto, incommensurable, se estiende delante de nuestros ojos, hinchado en ciertos puntos como burbujas enormes y coposas, retorciéndose y deformándose á veces con gran rapidez. Cuando bogamos en la superficie superior de esos amontonamientos de nubes, nos interuamos algunas veces en enormes montañas blancas, muy sorprendidos de penetrar en su seno sin experimentar ninguna resistencia.

«Es un espectáculo siempre magnífico el verse suspendido en el vacío sobre un océano sin límites, formado de inmensos agrupamientos que se suceden, colinas y valles de vapores visibles que se despliegan hasta el horizonte celeste. La tierra está oculta

bajo ese velo encima del cual reina la luz.

«Los hombres viven allá abajo, sin sospechar el pleno sol que rutila aquí, y permaneciendo tres cuartas partes del tiempo sepultados bajo sudarios de niebla!

«¡Ah! cuán diferente es la vida allí arriba! ¡Qué pronto se olvida uno de la pobre tierra!»

Pero no nos olvidamos de nosotros mismos en estas descripciones.

Aunque bastante raros, estos curiosos fenómenos de óptica han podido ser estudiados ahora por cierto número de observadores. Cuatro años despues de la observación precedente, el día 8 de Junio de 1872, M. Gaston Tissandier pudo observar, tambien en globo, el mismo fenómeno, que se le presentó en las mismas condiciones meteorológicas.

Estos espectros aéreos pueden incorporarse á la clase de los *antelios* (del griego *anti*, en frente, y *elios*, sol;) se producen precisamente en frente del sol, en la dirección de la sombra misma del observador.

Cada cual vé su espectro y los efectos ópticos que le acompañan, como, ademas, al producirse un arco iris, cada espectador vé el suyo, hallándose cada uno en el centro del arco que observa. Pero mientras que los colores del arco iris se esplican por la reflexión y la refracción de la luz sobre las gotitas limpidas de la lluvia, las auréolas, los rayos ó círculos luminosos que acompañan á los *antelios* están producidos por la *difracción* de la luz sobre las moléculas de niebla, ó como á veces acontece, simplemente sobre el rocío. Algunas veces ambos géneros de fenómenos se unen á la puesta del sol en las montañas, cuando hay simultáneamente lluvia que cesa y nubes que llegan. Es lo que he observado principalmente en el Abendberg, sobre Interlaken, en una circunstancia meteorológica singular.

CAMILLE FLAMMARION.

PAISAJE

AL POETA CALISTO OYUELA

Lento, tranquilo, terso y dilatado,
de verdes costas su raudal ceñido,
se adelanta el Lujan, como adormido
bajo las sombras del sauzal callado

Entre sus bellas islas derramado,
parece que buscara entristecido,

en multitud de arroyos repartido.
un lecho mas agreste y apartado . . .

Juega en el titoral de sus orillas,
y, de la tarde á la vislumbre escasa
desvanecida en tintas amarillas,
entre albas ondas de flotante gasa,
retrata la bandada de avecillas
que en negra cinta por los cielos pasa . . .

F. SOTO Y CALVO.

LA SEMIRAMIS

POR MERY

(Del francés para el Album del Hogar)

(Continuacion)

«Pero este ángel de ayer es entonces un demonio hoy!» exclamó Lorenzo. Después, dirigiéndose al jardinero le dijo:

«Es la hora de vuelta de la pesca; quédate aquí; ten fijos los ojos en el mar, y no dejes de llamar al primer buque que pase al alcance de tu voz. Hay cinco ducados de ganancia para el patron. Te espero en casa, y si me lo traes tienes además cinco ducados para tí.

—Prometo á Vuestra Señoría un patron en un cuarto de hora, «dijo el jardinero inclinándose.

Y Lorenzo tomó el camino de la villa, repitiendo en alta voz su eterno monólogo:

«Este ángel es un demonio!»

VI

La villa Barbaña es una residencia deliciosa, está suspendida en los flancos del Pausilippe como un blanco y fresco niño en el seno de su madre. Hay en ella viñedos encantadores, dulces abrigos, hechiceros paisajes de mar y de montañas, bosques en donde se oyen murmullos llenos de gracia, de melodía, de deleite sensual, de amor.

Patrick se pasea debajo de los árboles que coronan la villa mucho ántes de la hora convenida de la invitacion; lleva un traje elegante ajustado á las últimas exigencias de la moda; es en la calle de Toledo donde se ha vestido mundanamente de piés á cabeza, mas feliz que Leandro que no encontraba sastrero cuando llegaba al pié de la torre de Ero. Un criado le ha prometido prevenirle cuando sea la hora de la recepcion. El jóven novicio irlandés está satisfecho de este retardo, que lo emplea en preparar preguntas y respuestas.

Pero, á cada instante abre el precioso billete y trata de descubrir bajo el velo de las expresiones el verdadero y oculto pensamiento de la mujer artista.

Qué admirable método de vida se organiza á su gusto! Sin duda esta encantadora villa pertenece á la célebre cantatriz, están ahí los jardines suspendidos de *Semiramis*. Oh! la existencia debe ser muy dulce entre este doble azulado del cielo y del golfo! Qué gozo ser el dueño, el favorito ó el esclavo de esa suntuosa reina, y recibirla allí, toda palpitante por las caricias de San Carlos, y decir á todo ese mundo delirante y enardecido por inútiles deseos: «Sí, esta mujer. . . » Patrick no osaba acabar su idea; pero, si algun testigo ocular de su agitacion hubiese pasado, habria visto que el jóven era presa de los sentimientos mas opuestos, la alegría y la desesperacion, el éxtasis y el remordimiento, la vergüenza y el orgullo.

A la hora anunciada Maria se levantó como una estrella entre dos columnas de mármol de la villa. Llevaba, como siempre, un sencillo vestido blanco, virginalmente abrochado en el nacimiento de un cuello puro y blanco como el marfil. En su bella cabeza descubierta veíase el ébano florido de sus cabellos, que caian en madejas iguales sobre sus espaldas. A la primera sonrisa que dejó caer de sus ojos aterciopelados y límpidos, esa creacion inmensa y sublime pareció salir del caos y estremecerse de alegría como el Eden en el nacimiento de Eva.

El mas bello paisaje, sin la mujer, no es mas que la silueta de la nada!

Patrick la vió y su mirada espiró de amor. Se afirmó sobre sus piés y caminó lentamente en direccion á la casa. En ese instante decisivo, todas las bellas cosas que habia preparado se desvanecieron en su memoria. No halló en sus labios convulsivos mas que frases oscuras y balbucientes. Maria, con esa noble familiaridad de las grandes artistas, le tendió graciosamente la mano como á un antiguo conocido y le dijo:

«Sois exacto como un gentil hombre inglés, mi querido señor Patrick. Estais solo?»

—Oh! ¡solo! respondió Patrick con una expresion de misterio que hizo sonreír á la bella dama.

—Es que vuestro amigo hubiera estado demás esta mañana.

—Lo he dejado en la villa Sorrentina.

—Muy bien! señor Patrick. La indisposicion de ayer no ha tenido consecuencias?

—Ninguna, respondió Patrick con voz que semejava un éco.

—Permitidme introducirlos y presentarlos á mi querido *impresario*.

Patrick no oyó el fin de la frase. En ese momento todas las campanas de Nápoles tocaron el *Angelus*, y esa armonia aérea y religiosa hizo estremecer al jóven cristiano, como si su madre la Iglesia le hubiese enviado un reproche y un consejo por todas las santas voces del aire.

Algunas lágrimas de remordimiento cayeron de sus ojos, pero fueron pronto devoradas por la llama de la pasion que quemaba su corazon, y fueron cambiadas en una sonrisa por los sonidos de un coro que tocaba un aire de la *Donna di lago*.

Atraído por el gesto de una mujer como el fierro por el iman, Patrick se encontró, sin pensarlo, en una preciosa sala, pintada al fresco y toda llena de imágenes paganas como un triclinium de Pompeya.

Patrick se inclinó delante de un extranjero de alguna edad, que supuso fuera el padre de Maria, lo que dió repentinamente á su posicion un carácter moral que fué muy de su agrado.

No habia mas que tres cubiertos. Se sentaron en la mesa. Patrick fingiendo darse vuelta para mirar una Danaé sobre su lluvia de oro, pintada al fresco, disimuló un *Benedicite* y dos rápidos signos de la cruz. . .

«Soy un cobarde desertor!» se dijo mentalmente, y bajo los pliegues de su servilleta golpeó su pecho tres veces.

En el primer momento pudo escusar su silencio por su buen apetito.

Además, la conversacion no era temible para él. Se hablaba de los producidos de San Carlos, de la próxima *gala*, de una buena palabra del príncipe de Siracusa, de la huida de una corista con un contra-bajo, de la llegada de un jóven pintor decorador que debia hacer olvidar á San Quirico, en fin, de una multitud de esas frivolidades que son familiares á las conversaciones de los artistas y directores.

Insensiblemente Patrick recobraba su tranquilidad; pero, en medio de todos esos pequeños diálogos sin consistencia y sin fin, Maria dejó escapar una frase que produjo en el Irlandés una visible turbacion. Esa frase fué pronunciada lentamente y con un tono tan afectado, que Patrick no pudo dejar de apercebirse que iba en ella envuelta una segunda intencion.

—Estimo en mucho mi libertad, habia dicho la jóven actriz, y, si me resuelvo á perderla, no será sino casándome con un gran

tista. He rechazado príncipes, esto es bien conocido.»

Patrick fué sobre todo trastornado por la irada que acompañó á esas palabras.

A los postres *L'Impressario*, que era mas de nunca para Patrick, el padre de Maria, tomó un aire solemne, y, mirando fijamente al jóven Irlandés, le dijo:

«Sir Patrick, vais á saber ahora cuál ha sido nuestra intencion al rogaros vinieseis á este almuerzo.»

Es la proposicion de matrimonio que llega al fin, pensó el Irlandés.

Y pasó veinte veces en un minuto del infierno al paraíso. *L'Impressario* continuó:

«Espero que me respondereis francamente, sir Patrick. (Patrick hizo un signo afirmativo.) Anoche nuestra divina prima *Lorna* ha vuelto de la villa Sorrentina encantada de vuestro talento, y el mismo *maestro* Rossini ejecutaba con la señora, con respecto á vuestra persona, un verdadero duo de elojios; á tal punto que forzasteis á Rossini á ponerse serio. Un milagro! se ha dicho que hablasteis del arte como eximio, y que no habia en Irlanda mas que un solo hombre con ese poder musical, el célebre tenor Patrick, que ha debutado en el Royal-Theatre en Dublin, en 183. . . así como mi corresponsal me lo anunció á su tiempo. He sabido despues que el célebre tenor ha venido á perfeccionarse de incógnito á Milan y á Bolonia, y que ha cantado, en la *Loggia*, en casa de Mme. de Valabregue, con Mme. Duvivier, *soprano* y *contralto*, un duo de *Armida* de tal modo que conquistó entusiastas aplausos.

El caballero Sampierrí, que es el primer acompañante de la Toscana, me ha confirmado en todo esto. Sir Patrick, nos falta un tenor en San Carlos para nuestra temporada. Tenemos uno que por desgracia es un tenor *sfogato*. No es mi negocio. En la Semiramis, podéis en rigor pasaros sin primer tenor; en esa ópera, Rossini no ha escrito seriamente sino los papeles de *bajo*, *contralto* y *soprano*. El tenor es un accesorio. Pero si queremos dar *Otello*, por ejemplo, que hace siempre *fanatismo*, estamos sin tenor. Comprendeis ahora mi posicion, sir Patrick?»

(Continuará.)

LAS TRES DAMAS IMPERIOSAS

I.

Érase una casa rica como pocas, y desarrugada como muchas. Su amo se habia pro-

puesto poner por obra el célebre consejo del gran Sardanápalo, fundador de ciudades; *Come, bebe, goza, que todo lo demas es nada.*

Comenzó, siempre los principios son pequeños, por imitar á los que él llamaba los grandes hombres de la antigüedad. Hizo aderezar lenguas de ruiseñor, como Helio-gáballo, disolvió perlas en el vino, como Cleopatra, y el arroz con diamantes sazonado con azafétida fué su manjar favorito, hasta que una de las preciosas pero indóci-les piedras le rompió un diente; y la que los antiguos llamaron ambrosía le demostró con sus hechos que no sin razon los modernos la han desterrado de las cocinas, confi-ándola en las boticas.

Disgustado de sus empresas culinarias, por haber sufrido en ellas, como ahora se dice, amargas decepciones, las cuales fueron, amen de las ya referidas, las de no encontrar, ni por un ojo de la cara, esclavo ni libre que se dejara devorar por sus murenas, ni hermosa Lesbica, ni Maritornes asturiana que ofreciese su sedosa cabellera de tohalla para el señor, éste dirigió el rumbo de su ingenio hácia otros nortes del lujo y del placer, experimentando en los nuevos mares por que navegó mayores tormentas y naufragios.

El mundo ha degenerado, exclamaba; los hombres de hoy no valen lo que los pasados. Mostradme, si nó, puños como los de Milon de Crotona, que puedan derribar á un buey, hombros como los suyos, fuertes para suspenderlo, y estómagos como aquel capaces de engullirlo de una sentada. ¿Dónde encontrar ya ricos como Cresos, coquetas como Julia, dadores como César, artistas como Neron? Tan mezquinos somos, que ni nuestros poetas se atreven á soñar lo que aquellos sencillamente realizaron. Se ha creído una gran cosa decir de Napoleón:

Luz una noche le pidió su gente,
Y á cañonazos incendió á Moscou.

¡Valiente hazaña incendiar á cañonazos una ciudad de madera, cuando Neron incendió á Roma con las llamas que despedia el vibrar de las cuerdas de su lira!

Así se preguntaba y así discurría nuestro héroe, ya casi resignado á ser hombre vulgar, y así hubiera continuado preguntándose y discurriendo hasta el fin de los siglos, no habiendo nadie que le contestara ni contradijera, cuando, y en esto se reconoció que era verdadero génio, una súbita iluminacion vino á disipar sus sombríos temores y á llenar su ánimo de consoladoras esperanzas.

¡Nécio y cobarde de mí, pensó, y cuán cerca he estado de amilanarme y, lo que es peor, de envilecerme! y todo porqué? por haber olvidado el mas repetido de los axiomas que enseñan á los chicos en las aulas: *distingue tempora etc.* ¡Vamos, si dá grima! ¿Por ventura no se ha multiplicado con los siglos el tesoro de la necesidad común? ¿Son ahora, los hombres mas libres ó menos explotables? No, que no son ni más prudentes, ni mejores. Su debilidad es distinta: en esto consiste la aparente dificultad del problema. Antes, era preciso pescarlos, ahora ellos mismos tragan el anzuelo; sólo que es preciso un cebo moral, que son demasiado malos, para que lo de hipócritas les falte. ¡Al fin encontré el punto de apoyo que Arquímedes buscaba para su palanca; el mundo es mio!

II.

Meses despues eran celebrados en todos los círculos artísticos, políticos y financieros los salones del conde de X.

En ellos se inventó ese moderno estilo de arquitectura que en una elegante dama ha bautizado tan gráfica como douosamente con el nombre de ESTILO DE CONFITERÍA. Allí se nacionalizaron las zarzuelas de Offembach, el Cau Cau, el Puf, que desfigura á nuestras hermosas; en una palabra, el género bufo, destinado á dar la vuelta al planeta y á civilizar al mundo. Una palabra del Júpiter de aquel Olimpo creaba ó destruía reputaciones, repetida por el eco imparcial de quinientos periódicos subvencionados. Á un fruncir de sus cejas subían ó bajaban las acciones de crédito y los valores públicos. Golpes de Estado y pronunciamientos se hicieron, cuyo verdadero origen fué el haber desaprobado las Cortes una de sus contratas ó el haber desatendido el Presidente del Consejo la recomendacion de uno de sus pinches de cocina.

Hasta entre la gente mística gozaba de piadosa reputacion: costaba suntuosas novenas, en que se cantaban los himnos sagrados por el aire de la Traviatta ó del coro de brujas de Macbeth, patrocinaba corridas de toros, cuyos productos se destinaban á dulcificar las costumbres de los hipotéticos vecinos de los continentes polares, y cuadros vivos con acompañamiento de Can-Can á favor de las casas de arrepentidas.

Teníasele, en una palabra, por el Fúcar, el Constantino y el Leon X de la edad presente.

Su poder se asentaba firmemente sobre el oro, que por todo se cumbia, y las inmensas sumas que dispendia, se compensaban

con exceso con los tesoros que millares de agentes suyos pescaban de continuo en el Océano de la vanidad y de la ignorancia, con las sutiles redes del ágio y de las sociedades anónimas. Y, sin embargo, este hombre adulado, servido, santificado desde el demagogo más furibundo hasta el más estimado aristócrata, no era completamente feliz. La conciencia le estorbaba ya poco, pero en cambio sufría su vanidad.

Tres damas, tres solas habían dejado de someterse á su singular jurisdicción.

Decíase, porque, entre paréntesis, ninguno las había visto, que encantaba la menor por su hermosura, que brillaba la mediana por su talento y edificaba la mayor por su virtud.

Cada vez que los artistas (llamémosles así) de aquella especie de corte, exponían á la admiración pública el último de sus engendros, decía la menor con su voz dulcísima:—¡Qué feo! Y en vano era que los críticos patrocinados escribieran sendas revistas mostrando tan claro como la luz que la susodicha obra estaba fabricada según todas las reglas de la Estética positiva; todos repetían como en eco:—¡Mamarracho, mamarracho! Y lo que es peor, el autor, en secreto, culpaba al Mecenas y el Mecenas al autor, con lo que el desdichado trabajo quedaba arrinconado para siempre.

Si alguno de aquellos autores científicos (de alguna manera los hemos de llamar) exponía una de esas teorías que todo el mundo entiende porque no tiene nada que entender, decía gravemente la mediana:—¡Eso no es así! y, adios teoría!

Si alguno de aquellos moralistas ensalzaba (por supuesto desinteresadamente) alguna de las acciones del señor, la mayor, más sería que el imperativo categórico de Kant, exclamaba: ¡Indignidad! Y todas las conciencias, hasta del autor, repetían: ¡Indignidad! ¡Indignidad!

Esto era capaz de desesperar á un santo, y nuestro héroe no era un santo, digan lo que quieran sus admiradores.

—Es preciso, se dijo, que esas mujeres sean mías á toda costa; ó es ó no es el oro el rey del mundo.

¿Consiguió su propósito? Segunda parte pide el caso.

SEGUNDA PARTE

I.

Muy de mañana llamó el Conde al más listo de sus secretarios:—Necesito, le dijo, engastar tres nuevas perlas en mi corona:

buscaréis á las tres hermanas, os presentaréis en su casa á la hora conveniente y las pediréis en mi nombre su venia para hacerles una visita. Espero que no me haréis arrepentir de haber puesto en vos mi confianza.

Indescriptible fué el efecto que produjo en todo el auditorio tan breve como descarnada peroración. De cada una de sus frases veía el feliz secretario brotar un manantial inagotable de billetes de banco.—¿Que si las encontraré? decía vistiéndose, aunque las ocultase el mismo Satanás. ¿Que si obtendré su venia para la visita? continuaba, bajando por las escaleras; otras cosas más difíciles he obtenido.

¿Que si apesar de su decantado puritanismo conseguiremos que unan sus discordes voces á nuestro coro de alabanzas? exclamaba ya en la calle: ¡vaya si lo conseguiremos! ¿Qué pueden desear estas doncellas ALRUNAS, como dirían nuestros padres los godos? ¿Lujo? Ya pueden contar con letra abierta en todos los comercios. ¿Gloria? Tenemos revistas, poetas y directores de teatros con sus correspondientes alabarderos. ¿Un novio? Magnífico! dijo pegando un salto, creo que ya me va gustando la más pequeña: ¡feliz consorcio entre la belleza y el arte! ¡Y qué triunfo para el conde! Entonces sí que habrá logrado lo que todos los gobiernos han pretendido en vano: hacer de la Belleza una belleza oficial: de la Ciencia, una ciencia oficial; de la Moral, una moral oficial: y todo sin hogueras ni censuras. Entonces sí que podrá publicar, sancionado por la práctica, su célebre sistema filosófico: «El primer principio y la verdad trascendental es el dinero.» ¿Más, adónde voy, andando como un loco, sin saber adónde? Reflexionemos. Empecemos por lo más inocente. ¿Dónde encontraremos á la Belleza? ¡Hola! ¡chist! ¡chist!... y echó á correr en demanda de la otra acera.

Mas en vano corría y siseaba, porque el caballero (tal parecía en su porte el demandado y perseguido por nuestro secretario) sin hacer caso de las señas, daba á sus piernas toda la fuerza de vapor.

Ágiles los dos, sudaban ya entrambos, cuando el tenaz perseguidor haciendo un supremo esfuerzo para acercarse á su enemigo, le gritó: ¡Vizconde, vizconde! Palabra fué esta que debió sonar al aludido á guisa de cañonazo de buque de guerra en cubierta de negrero, pues haciendo de la necesidad virtud, se puso al paño, viró en redondo y viniendo al habla con su enemigo,

le saludó afectuosamente y comenzó un diálogo con él, de esta manera:

—Querido, tan apresurado iba á cierto lance de honor, que por poco no me pasaba sin saludaros. No me lo hubiera perdonado nunca: ¿caso hubiérais creído que por aquel piquillo que os adeudo? Pálbra que no; creed que no me ha faltado tiempo para llevaroslo; tiene uno tantas cosas en que ocuparse! Pero, confiad, yo no pertenezco á los filisteos. Yo distinguió de acreedores; mas he descubierto una verdadera joya. Figuráos una princesa nortamericana y su marido un oso blanco.

No temais por mí, yá le cortaremos las uñas. Prometo presentaros á él. Ya hablaremos despacio; pero tengo prisa: ¡agur!

—Lo que acabais de decirme me obliga á deteneros un instante. ¿Habeis creído que soy capaz de recordar una miseria de quinientos mil duros á un hombre de vuestras circunstancias? Me ofendeis, hay hombres que honran la caja de un banquero, dándole cierto perfume aristocrático. Espero que el vuestro no se ha de inscribir en mis libros una sola vez. Y á propósito, para la empresa en que os hallais empeñado necesitaréis municiones de guerra, á mí podeis confiaros.

—Sois el rey de los ginoveses, como dirían nuestros abuelos. Merecáis ser descendiente del judío que prestó al Cid sobre sus cofres de arena. En cuanto suban los nuestros os prometo una gran cruz y un título de nobleza.

—Gracias, no deseo más que vuestra amistad. Me hallo mal entre libranzas y pagarés, necesito otro ambiente: ¡si yo pudiera penetrar en vuestro círculo!... Y á propósito, ¿conoceis á la belleza?

—¡Bribon! le respondió el Vizconde golpeándole cariñosamente en la mejilla; ahí es nada lo que pretendéis! ¡La Belleza! ¡La verdadera belleza! Amigo mio, es la reina de la moda: sus palabras son oráculos. Aquí para entre nosotros, si quisiera abrir sus salones, había de poner en peligro á nuestro Conde; pero nada, es un ídolo que no se deja ver sino de sus elegidos. Yo os haré penetrar en el santuario.

—¿Y, cuándo?

—Ahora mismo, si no fuera por ese maldito lance. Pero ya que me acuerdo, acabais de ofrecerme generosamente vuestra caja: el lance puede arreglarse... el pobre lo ha emprendido porque necesita hacerse el interesante para evitar la persecución de unos ingleses y sacar unos cuartos á cierta dama.... Si me pudiérais adelantar alguna cosa....

-Lo que queráis.

(Pues entónces, elijamos un coche me-
decente y vamos al instante.

FEDERICO DE CASTRO.

(Continuará.)

MISCELANEA

Anticipamos á los admiradores de Aquilambertini, que el señor don Alberto Castiglioni acaba de escribir una comedia llamada «El Signorino Posapiano», en tres actos, expresamente para el pequeño teatro próximamente subirá á la escena en el Politeama Argentino, donde actualmente trabaja la Compañía.

Conocemos muchas producciones del señor Castiglioni que llamaron la atención y recibieron grandes elogios en los principales teatros de Europa. Con estos antecedentes podemos asegurar un éxito completo á la nueva comedia del distinguido escritor. «El Signorino Posapiano» será, pues, un nuevo triunfo para el señor Castiglioni, que lleva las letras y enriquece la literatura argentina con su amor al arte dramático. Esperamos que el público inteligente se apresure á asistir al Politeama el día que se presente la nueva comedia del señor Castiglioni.

La union de la Plaza de la Victoria y 25 Mayo será indudablemente un hecho pronto de poco.

Damos á continuación algunos datos acerca de esta gran obra cuya realizacion dará una crecida suma, dado el valor de propiedad del señor Anchorena, que divide las dos plazas, y que el Gobierno expropiará.

La forma definitiva de ambas plazas nuevas, es la de un rectángulo cortado en el medio poco mas ó menos por la prolongacion de la calle Defensa y terminado en sus extremos menores frente á las calles de Bolívar y Balcarce en forma de semicírculo, siendo la longitud de 229 metros 60 centímetros y el ancho de 95 metros 20 centímetros.

La nueva plaza tendrá una vereda de una anchura de 5 metros de ancho, de una forma, y otras de igual amplitud y material, en líneas directas y otras diagonales, como puede verse en la parte que se está ejecutando en la Plaza 25 de Mayo. En la interseccion de las calles diagonales se marcarán espacios igualmente enlosados, en forma circular, de 10 metros de diámetro,

en cuyo centro se colocarán las dos fuentes actuales, siempre que no se disponga elevar en esos sitios dos columnas monumentales. En la prolongacion de la línea central se colocará frente á la calle de Balcarce, la estatua actual del General Belgrano, y en el otro podrá colocarse la de otro General de la Independencia á quien no se haya tributado aún este justo homenaje.

La disposicion de estos monumentos ocupará una línea que forma exactamente la prolongacion del eje del gran boulevard que proyectó el señor Alvear, de modo que estas obras de arte contribuirán á su embellecimiento formando el último término de su hermosa perspectiva.

El centro de los cuatro compartimentos que hacen frente á las calles de Rivadavia y Victoria será ocupado por las estatuas de Moreno, Rivadavia ú otras de las cuatro estatuas pedestres que por sancion municipal deben colocarse en la Plaza Victoria.

Las calles Bolívar, Defensa, Balcarce, Rivadavia y Victoria, tendrán mayor amplitud, lo que facilitará inmensamente el tráfico.

La calle de Rivadavia tendrá catorce metros cuarenta centímetros de ancho frente á las gradas de la Catedral y veintinueve metros setenta centímetros en su extremo inmediato á la del 25 de Mayo, la de Victoria tendrá veinte metros, la de Bolívar diez y siete metros, la de Defensa doce metros cuarenta centímetros y la de Balcarce veintinueve metros.

Todos los planos de la obra se deben al inteligente arquitecto municipal, Don Juan Buschiazzo.

Vengamos ahora á la Recoba y su proyectada expropiacion:

La Recoba, propiedad particular de la familia Anchorena, posee veinte locales en buen estado de uso, que reportan una renta mensual de 33.600 pesos m/c. El edificio está avaluado, tomando en cuenta sus defectos, en 1.050.000 pesos m/c. Veamos lo mas importante del punto, es decir, el valor del terreno.

Su superficie la forman mil novecientos metros cuadrados (sin contar la parte que ocupa el arco de triunfo), que á razon de 5.000 pesos uno en que ha sido avaluado, importa la cantidad de 9.500.000 pesos m/c.

Ayer se mandó aumentar con veinte y cinco camas el número de las colocadas en la casa de aislamiento para la asistencia de los enfermos de viruela.

Esta terrible enfermedad, lejos de declinar, progresa rápidamente.

El número actual de variolosos que se asisten en la casa de aislamiento pasa de ochenta, y diariamente aumenta.

La opinion de un médico distinguido, que hemos oído ayer, respecto á la viruela, es que se estacionará durante todo este año.

El anunciado tiro á la paloma, del Gun-Club, tendrá lugar hoy.

Dice *El Eco del Tandil*:

«Nuestros temores se confirman: apenas ha asomado el invierno con sus aguas, sus frios y sus neblinas, y el asunto tránsito ó viabilidad pedestre se hace un problema difícil de resolver en nuestras calles.»

Pues sepa el estimable colega que en Buenos Aires, en la capital de la república, sucede lo mismo.

Aquí, cuando llueve, hay novio que al despedirse de su amada, le dice con melodramático acento:

—Si oyes contar de un naufrago la historia...

Señora gruesa hay tambien que al transitar por nuestras calles en dias de lluvia, hace á cualquiera el efecto de una ballena.

—¡Huyamos! nos decia el otro dia un amigo, al divisar en lontananza un bulto casi á flor de agua.

—¿Qué ocurre? le preguntamos:

—¿No ves? ¡un tiburón!

Era uno de sus *ingleses*.

Los hombres parados en las esquinas, esperando los tranvías, hacen el efecto, á cierta distancia, de un congreso de cetáceos. Conque, consuéllese el colega.

Una linda muger llegó á presentar de viva voz una peticion á un Ministro.

—Pero Señora, exclamó aquel, esto es necesario presentarlo escrito en papel sellado.

—Ah!

—Es necesario presentarlo bajo una forma cualquiera,

—Yo creia que con las mias era suficiente. Tuvo lugar el mártir el estreno, con *Mignon*, de la compañía lirica italiana.

Con excepcion del barítono Salvati, todos los demás artistas que en la representacion tomaron parte eran completamente desconocidos para nuestro público, que iba á escucharlos en una obra casi nueva para él, si hemos de juzgar por el número de veces que se ha cantado en nuestros teatros.

En esa obra hizo su aparición una artista destinada á imponerse y á dominar en el curso de la temporada, y cuyas dotes la elevan á una altura á que han llegado muy pocas de las cantatrices que la han precedido en nuestros escenarios:—nos referimos á la Ferni Germano.

Reune esta artista á una excelente voz, raro talento de interpretacion musical, lo que hace que cada frase que sale de su garganta lleve toda la espresion y el colorido de que ha menester.

Bastaria para probarlo la manera delicada como ha cantado el conocido trozo del primer acto: «Connais tu le pays, etc.» si no estuvieran ahí, para corroborar el anterior juicio, la *styrienne* del segundo acto, la primera escena del segundo cuadro del mismo acto y la «oracion» del último.

Como dramática, la nueva cantatriz ha demostrado serlo notablemente; hasta con exceso quizás, tratándose del personaje de una *opera comique* como *Mignon* que trasladada á la escena italiana y todo, no deja por eso de ser una obra de *mezzo carattere*, pero hay en su espresion y en su brio mil promesas seductoras de una Valentina de primer orden.

Con tan relevantes cualidades, no es aventurado, pues, decir que la Ferni Germano ocupa un lugar eminente en el arte lírico dramático.

El papel de Filina, ese «interminable rosario de escalas, trinos y fiorituras,» como lo califica un crítico distinguido, estuvo á cargo de la Martinez. Filina no se confia en los teatros europeos que profesan cierto respeto á las obras de los maestros, sino á cantatrices de reconocido mérito, y de voz absolutamente adecuada para el «interminable rosario.»

Entre nosotros, sólo la Alhaiza ha desempeñado con perfeccion papel tan sembrado de dificultades. Escolló en él la Lérroux, y otro tanto le ha pasado á la Martinez, quien no pudo obtener de su garganta la limpieza que hubiera sido de desear en las escalas, tanto cromáticas como arpejiadas.

La *polacca* del último acto, por ejemplo, no tuvo el matiz característico de la música de ese género, y careciendo, como sucedió, de variedad de tonos, decayó por completo.

No quiere esto decir que, en absoluto, carezca de todo mérito la soprano ligero de quien nos ocupamos: pero sí que el papel de Filina contiene dificultades que no están en relacion con sus medios.

El papel de Federico no basta para juzgar un artista. De la Sinemberg, que lo interpretó, no podríamos decir, pues, sino que posee un órgano de cierta sonoridad.

El barítono Salvati cantó la parte del viejo Lotario, el papel que con tanta dulzura y delicadeza de espresion cantaba Maugé el barítono de la compañía Grau. La voz de este cantante parece haber adquirido mayor extension en el intervalo de sus dos apariciones en nuestra escena, pero aún se nota que esfuerza y prolonga innecesariamente la voz, no atendiendo lo suficiente á la verdadera espresion del canto. Su desempeño en *Mignon* no es quizás una presentacion desfavorable ante su nuevo público de Colon.

Lazzarini (Guglielmo) es un tenor ligero, de voz afinada, pero escasa, que no le permitió salir triunfante de su papel. Hay en este muchos trozos que encierran bellezas que pasaron completamente desapercibidas.

La verdad, aunque ruda, es que el Sr. Lazzarini carece de las aptitudes indispensables para desempeñar partes de primer tenor, aunque las realice muy *discretamente* colocado en el órden artístico que le corresponde.

Si en la interpretacion hubo, pues, más de un lamentable defecto, la orquesta, en cambio, lució su conjunto admirable. ¡Lástima grande que el público nos prestara la atencion debida á la gavota con que comienza el segundo acto! El cuerpo de coros, tan numeroso como bien ensayado, mostró tambien disciplina digna de encomio.

Para concluir, si *Mignon* no alcanza en Colon ejecucion perfecta, están su bella música, la Ferni Germano y la orquesta para contrarestar las malas impresiones.

**

Con placer anunciamos á nuestros lectores que se encuentra mejorada de su enfermedad la señora del Presidente de la Municipalidad.

**

Las *Brisas del Paraná*, órgano de la importante sociedad «Estudios Rivadavia», que se habia suspendido hace algun tiempo, ha reaparecido nuevamente.

Este conocido semanario, que cuenta dos años de existencia, preséntase con el mismo formato anterior, y nutrido de interesantes materiales.

Cumplimos un deber al saludarlo cordialmente, felicitando á la vez á la ciudad del Paraná por contar con tan buena publicacion.

**

Continúan las representaciones de la compañía dramática que funciona en la Opera.

La elegante sala de la calle de Corrientes sigue siendo tan concurrida como siempre, á pesar de haber abierto sus puertas Colon con la compañía lírica traída por Ferrari.

La buena composicion de la compañía de la Opera, así como la importancia de las piezas de su repertorio, hace que siga obteniendo el éxito de los primeros dias.

**

Pedimos á los agentes de *El Album del Hogar* que no han arreglado sus cuentas atrasadas con esta Administracion, se sirvan hacerlo á la mayor brevedad, pues de lo contrario publicaremos sus nombres.

**

La Municipalidad de la Capital ha encargado á los pirotécnicos de esta ciudad los fuegos artificiales que se quemarán en las próximas fiestas patrias.

La Corporacion contribuirá con la suma de dos mil pesos fuertes para llevar á efecto esas fiestas.

Se cree que este año la recepcion del cuerpo diplomático se hará en los nuevos salones de la casa del Gobierno Nacional.

**

Don Antonio Perez, maestro de ceremonias del Gobierno Nacional, ha hecho imprimir tarjetas especiales para el Te-Deum que se celebrará en la Catedral Metropolitana el próximo 25 de Mayo.

Las tarjetas serán repartidas esclusivamente á señoras.

Son de tres colores: blanco amarillo azul, y cada color corresponderá á colocacion en una de las tres naves de la Catedral.

**

El «Album del Hogar,» lleva hoy siguientes materiales:

Drama y tragedia, por Josefina Sagasta.—Los espectros aéreos, por Ca Flammarion.—Paisaje, poesia, por F. S Calvo.—La Semiramis, continuacion.—tres damas imperiosas, por Federic Castro.—Miscelánea.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

EMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION, URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, MAYO 20 DE 1883

DRAMA Y TRAGEDIA

Novela Histórica

EDICADA A MI AMIGA MARGARITA R. DE GUTIERREZ
POR J. P. DE SAGASTA

(Continuacion)

La felicidad es un soplo, en cambio que poder infinito y eterno hay en el recuerdo! todo pasa, la memoria vive!—El recuerdo sonríe hasta en la demencia. . . .

El tiempo es impotente para arrancar el recuerdo del pasado, cuando ese pasado pertenece á los goces supremos del alma. Entonces nada puede separar de mí, los recuerdos de *mi mundo* pasado, nada, ni el mismo tiempo.

Se habrá ajado la frescura del rostro, se habrá tornado blanco el cabello, con la decadencia de los años habrás borrado la luz de la juventud en la mirada sin fulgor, la vejez descarnada habrá nublado en mi semblante la belleza que atrajo su alma á la mía.

Veinte años mas de vida y solo seré una sombra de mujer!

Entonces mismo, el tiempo no habrá podido envejecer el pensamiento ni el corazón.

Sé que mi alma vá á gozar de una eterna juventud, sí, porque ha alcanzado el ideal, y la mas bella ilusion ha sido una hermosa realidad.

Veinte años mas de vida, ya ni un recuerdo llevarás del amor mio que te sonrió en la juventud.

Otros recuerdos borrarán mi altar, mis memorias mis reliquias.

Quizá ni el recuerdo de mi semblante reflejará en tu pensamiento ya, pero en cambio, seré en tu santuario la imagen mas pura del pasado, buscarás en tu conciencia y ni un solo reproche se alzaré dentro de ella.

La memoria de los sentidos se pierde, se

gasta con las fuerzas mismas de la pasion, mientras la fuerza immaculada de los goces del alma vive siempre, cada vez mas fuertes, y no tienen hoy ni mañana, porque son imperecederos como la eternidad, inmortales como el espíritu.

Adios.

Rosa mia:

Cada vez me siento peor. El mas espantoso abatimiento llena mis horas, de dia y de noche. Soy una sombra del pasado, apenas tengo fuerzas para llenar las exigencias mas apremiantes de la vida.

Ah! Rosa, esto no puede durar, conozco que se acerca mi hora.

Todos los esfuerzos hechos para distraerme, son vanos: estoy herida de muerte.

Me aconsejas que me acerque á Luis, pobre amiga! eso seria impensato; cómo podria vivir en su presencia llevando en el alma el amor á Leoni? seria posible eso? . . . oh! no. No sabes, Rosa, porque nunca te lo he dicho, cuanto he luchado por arrancar de mi corazon el afecto á Leoni; he buscado todos los medios y muchas veces he creido en ese dolor supremo que hace desgraciado á Luis sentir la indiferencia del olvido para Leoni, pero al palpar mi corazon y llegar al fondo de mi alma ahogada en el dolor, lo he vuelto á hallar allí, siempre allí, con la fuerza estupenda de lo inmovible ó lo eterno, inmutable como una ley de Dios.

¿Qué quieres que haga pues, si él puede mas que yo misma? él llena mi vida á pesar mio y creo á veces que si le volviera á ver me arrastraria á sus piés.

Pobre de mí, pobre de Luis!

Oh! mi padre!

Febrero 20.

Te escribo ya instalada en B. A.: tengo una morada de reina, mi tren llama la atencion, mas de un tonto se ha estrellado con mi desprecio, ese desprecio que llevo yo para todos pero que no alcanza á ellos. Se me invita para los grandes recibos de mundo, pero no asisto á ninguno, vivo como

siempre, encerrada en mi cuarto.

Esto despierta la curiosidad; se dice mucho de mi persona, pero nadie sabe la verdad.

Soy un enigma, solo me descifran Dios y tú.

La nobleza de Luis llegó hasta la magnificencia, me dejó en libertad de gastar cuanto se me ocurriera, soy rica y hago mil escentricidades con mi dinero. Muchos creen que soy yankee.

Voy á darte una noticia, tengo una amiga, es decir una pobre jóven desgraciada que mi mano ha alzado de la calle, abandonada y en toda la postracion de la indigencia y el dolor.

Si no existiera yo, ella seria la mas infeliz criatura de la tierra. (1)

El afecto de profunda gratitud q' me profesa esta pobre criatura tan hermosa como desinteresada, creo que me consuela, tiene tanta dulzura en el eco de su voz, tanto candor y tristeza en la mirada de sus ojos azules, que la amo y la necesito ya en mi vida. Ah! no tengas celos, tu lugar no lo ocupa nadie en mi corazon, sino tú misma.

Marzo 2

Rosa:

Qué dia tan triste! es el dia de los recuerdos.

Voy á ponerme aquel vestido negro que él conoció en mi cuerpo la vez primera, y luego me arrodillaré en aquel mismo sitio, abriré mis brazos y besaré la tierra que lo sostuvo un dia.

Luis, Rosa! perdonadme. Le amo, le amo como una insensata.

Hoy es el dia de los recuerdos.

Hoy se cumplen tres años de mi encuentro con Leoni. ¡Cuántas lágrimas han caido de mis ojos desde ese dia!

Yo salí feliz de mi casa, con la alegría del que cruza tranquilo sobre el mundo, sin que desgarrén sus piés los abrojos que en él crecen. Era dichosa sin conocer la dicha!

(1) Aquí Laura narra el encuentro de Luisa, y hace á Rosa una relacion que nuestros lectores conocen.

Nota de la Autora.

La confianza ajena, la pureza de la lealtad, la caricia sin pasión, esa caricia inocente del que no tiene sospecha de otro cariño, la risa feliz, los ojos sin sombras de duelo, el canto en el labio y la alegría en el corazón irradiando en la vida entera. . . .

Eso era entonces yo!

Y ahora, la mirada vaga del que mira á sus plantas el abismo; el latido del dolor que levanta el pecho sin descanso; la duda y el temor en el alma, el labio mudo, siempre allí la maldición, . . . lágrimas en los ojos. . . .

La desconfianza, la mentira que mancha y la tristeza de una vida que pasa como el mismo remordimiento, eso soy ahora! . . .

¿Y él? ah! si fuera él feliz al menos!

Yo compraría su dicha, con mi dolor sin esperanza! No sé quien me lo cuenta, pero yo siento en mí, su tristeza y el horrible vacío de su vida.

¡El descanso en la tiniebla!

¡Qué extraño acontecimiento!

Rosa, Rosa, Luis ha venido á verme!! Me tiene compasión!

(Continuará.)

LA SEMIRAMIS

POR MERY

(Del francés para el Album del Hogar)

(Continuacion)

El Irlandés escuchaba ese discurso tan extraño para él, mas bien con los ojos que con los oídos; miró al *impresario* con un aire azorado, que podía pasar por la expresión del vivo interés que le inspiraba ese preámbulo. *El impresario* adivinando bien la atención de su convidado, continuó así:

—La estación se anuncia bien en San Carlos. Tenemos ciento cuarenta familias inglesas en Nápoles, once príncipes rusos con sus familias, y numerosos ricos Españoles. No es el buen público lo que falta, es un tenor. También estoy pronto á hacer todos los sacrificios posibles para tener un tenor *assoluto* como vos, señor, (Patrick se sobresaltó) sí, como vos, señor; el incógnito es en adelante imposible, y os ofrezco mil libras y una representación á beneficio que os dará mucho mas.

No hay una cabeza, en todos los cuadros de los museos de Italia, que pueda dar idea del sentimiento indefinible que habia contraído el rostro de Patrick. Sus facciones

parecian haber cambiado de su sitio: miraba al *impresario* con el aire de un hombre que, despertado de sobresalto de un profundo sueño, fuese obligado á responder á una pregunta desconocida.

L'impresario, habituado á ver á su alrededor las caras mas extravagantes de la tierra, interpretó el silencio de Patrick, como que sus proposiciones no le habian parecido bastante ventajosas, y ofreció doscientas libras mas.

—«Es justamente lo que yo gano! dijo la *prima donna*. El Sr. Patrick no puede titubear mas.

—Seguramente, dijo el *impresario*.

—Ese Erin! ese Erin! ese maldito buque que ha sido obligado á entrar en el puerto! exclamó Patrick.

Y escondió la cara entre sus manos. . . .

Después de una pausa añadió:

—«Fatalidad! fatalidad! la condenación eterna de un hombre está vinculada á un golpe de viento!»

Esta vez fué *l'impresario* quien abrió los ojos desmesuradamente. La *prima donna* con los codos sobre la mesa, las manos juntas, habia tomado la misma posición de la víspera, y miraba á Patrick con una inquietud mezclada de susto.

Patrick aprovechó un momento lúcido de buena inspiración y dijo al *impresario*:

—Señor, me ha tomado de sorpresa vuestra proposición; no estoy pronto á responderos. Dadme un día para reflexionar.

—Escusad, señor Patrick, la indiscreción que hemos cometido traicionando vuestro incógnito. No atribuyais este proceder, poco conveniente, lo reconozco, sino al deseo de poner en relieve vuestro talento en el primer teatro del mundo, y á las necesidades urgentes del servicio lírico en que me encuentro en este momento. Escusareis un *impresario in angustie*.

—Ahora hablemos de otra cosa, si gustais, dijo Patrick.

—Sea, dijo el *impresario*.

Y hasta el fin de la comida la conversación no pasó de un cambio de palabras insignificantes, cual sucede después de una conversación ardiente que ha dejado á todos los interlocutores confusos. Todos deseaban se acabara de una vez el almuerzo.

Levantándose de la mesa, el *impresario* dijo á Patrick:

—Tenemos algo que hacer en el teatro para la representación de esta noche; nos permitiréis acompañarnos á la villa, dentro de una hora. Yo tengo que dar algunas ór-

denes aquí. Pero os dejo en buena compañía.

—Estoy á vuestras órdenes, dijo Patrick.

Cuando Maria y el Irlandés quedaron solos en el terrado, la conversación no pudo entablarse. La *prima donna* miró fijamente á Patrick y le dijo:

—Mil doscientas libras y un beneficio! hay porque pedir veinte y cuatro horas de reflexión!

—Señora, dijo vivamente Patrick, soy raza montañés y no sé ocultar mis sentimientos. Si me ofrecierais las cosas mas bellas de este mundo, vuestra mano, fortuna y amor, os pediría un día de reflexión.

—Ah! dijo la actriz con una sonrisa de cantadora, parece que estais habituado á felicidad! La desdeñais cuando se os brinda gratis.

—Oh! no me ridiculiceis señora; compadecedme! Teneis ante vos un hombre que desde hace tres días, duda de su existencia un hombre que tiene un sueño penoso y que roe sus puños sin poder despertarse.

—Esplicadme eso señor, dijo la actriz con emoción, y si el interés que me habeis inspirado. . .

—Señora, no acabeis! no acabeis! Me es tan imposible conocer mi felicidad como mi desgracia. Entre vos y yo, hay un abismo!

Yo debería huir, y mi vida se extinguiría lejos de vos. Quisiera quedarme aquí en este sitio, y la mas imperiosa de las veces me dice que me aleje. El aire que respira aquí me mata y resucita; siento en mi piés el fuego del infierno y en mi corazón los éxtasis del paraíso. Hay dos seres en mí, uno blasfema, el otro ruega; y si esta lucha se prolonga, siento que mi razón perecerá!

—Reponeos señor, dijo Maria con una voz melodiosa y llena de afección. Podría asegurarme de vuestras palabras, pero soy tan sincero en la expresión de vuestros sentimientos, que os otorgo, antes que todo, mi estimación y mi amistad.

—Eh! señora, aunque me ofrecierais vuestro amor, os repito que me seria imposible aceptarlo.

—Entonces, cual es vuestro deseo, señor qué exijis?

—Nada! me quejo, no puedo hacer otra cosa. Me negareis el derecho de quejarme la queja, el único consuelo que Dios ha dado al hombre!

—En verdad, señor, no sé si debo oírlo mas tiempo. . .

—Está bien, señora, me callaré.

—Sobre todo reflexionad, señor, mi posición: es muy delicada. No estoy de ninguna manera preparada para una confidencia que me parece inoportuna hoy, pero que mas tarde. . . .

La súbita llegada del *impresario* cortó en esta palabra la frase más interesante de la conversacion. Patrick se alejó algunos pasos para disimular al *impresario* la horrible turbacion que lo agitaba. Este aprovechó ese instante para decir á Maria:

—Y bien! lo has decidido? acepta? debutará en Otello?

—Es posible, respondió al acaso la actriz, muy preocupada con su situacion para escuchar á *l'impresario*.

El carruaje esperaba en el bajo de la pendiente. Patrick rehusó subir, para tener el gusto, decia, de ir á Nápoles paseándose.

—Hasta la noche entonces, en San Cárlo! dijo *l'impresario*.

—Hasta la noche! dijo Maria.

El *impresario* estaba ya en el carruaje. La actriz tendió la mano á Patrick

—Hasta la noche! le dijo el Irlandés; y cuando esteis eutusiasmada en San Cárlo, os doy cita al pié de los altares.

Patrick habia creído reconciliarse consigo mismo lejitimando su amor con esa santa promesa. Pues aunque no estuviese todavia consagrado por el sacerdocio, habia hecho irrevocables votos, y cada uno de sus pensamientos pareciale ya un sacrilegio y un perjurio ante Dios.

(Continuará.)

¿ CUÁNDO VUELVES ?

¿Cuándo vuelves, primavera
De mis horas perfumadas,
Cual las flores deshojadas
En tu rubia cabellera?
¿Cuándo vuelves, primavera?

¿Donde estás, amada mia?
¿Quién aleja las pasiones
De los mismos corazones
Que unió la esperanza un dia?
¿Donde estás, amada mia?...

Mi senda es senda de abrojos!
Voy errante y peregrino,
Y no tengo en mi camino
La dulce luz de tus ojos!
Mi senda es senda de abrojos!

¿Cuándo vuelves, primavera
De mi vida desolada,
Por la suerte arrebatada
Como nube pasajera?
¿Cuándo vuelves, primavera?

LEOPOLDO DIAZ

ROMANTICISMO Y NATURALISMO

De algun tiempo á esta parte, reconociendo sin duda el valor trascendental que tal cuestion encierra, se viene persiguiendo con ahinco la solucion de este gran problema: ¿Que género de literatura debe adoptarse?

El Romanticismo y el Naturalismo, dos sistemas diametralmente opuestos, surgen de pronto ofreciéndose como Escuelas, apoyados calurosamente por los dos grandes propagandistas de sus doctrinas, Victor Hugo y Zola.

Dos legiones se organizan rápidamente, gran número de prosélitos corren á alistarse en las filas de los diversos partidos, y empiezan á combatir valerosamente en defensa de sus teorías, tratando de difundirlas y propagarlas universalmente.

El problema indicado presenta dos soluciones: ¿cuál de ellas triunfará?

«El Romanticismo, claman los neo-naturalistas, es un resabio que se conserva en la literatura á despecho de la razon; el sentimentalismo escéntrico y lacrimoso no sienta bien á nuestra época, el pensamiento descubre hoy horizontes mas vastos, la naturaleza es la única y verdadera fuente de la ciencia y del progreso; fuera ese falso sistema que pone trabas á la verdad!»

«El Naturalismo, prorrumpen por su parte los románticos, representa la influencia perniciosa de la pornografía corrompida y brutal, disfrazada hipócritamente con las apariencias de la verdad, pretendiendo hacer creer que cura, cuando mas agrava con su venenosa aplicacion, los males del organismo social.»

Somos enemigos del exclusivismo en materia de discusion, por que él conduce generalmente á errores lamentables; adonde hay pasionismo hay ausencia de razon, falta de análisis y de criterio imparcial para juzgar. No nos declaramos, por lo tanto, partidarios fanáticos de este ó aquel sistema limitado é individual, no venimos á apoyar y defender ciegamente los dogmas de una personalidad absoluta, erigida en sufragio

arbitrario por los excesos del parcialismo, profesamos nuestras doctrinas, como todos, pero desprovistas por completo de pasion.

Estudiando las dos escuelas bajo un punto de vista general é independiente, se llega á esta conclusion: ni la una, ni la otra, tales como se pretende establecerlas, son aceptables.

El Romanticismo con su exagerado colorido, con sus violentas figuras, se opone directamente á la verdad, se emancipa de las leyes naturales, desfigura, exagera, é introduce en la literatura un sentimentalismo fingido, chocante y combatible.

La literatura debe ser la expresion de la verdad, por que es la expresion de lo bello, la imagen fiel del pensamiento, manifestado sin esfuerzo, sin violencia ni ficcion, y el Romanticismo con su estilo limado, con sus cuadros de un fuerte colorido, corrompe la fuerza de la idea, desfigura los hechos, creando situaciones inverosímiles.

El naturalismo, por su parte, tal como lo entienda Zola, entraña peligros mas graves. Si el Naturalismo consiste en escudriñar y profundizar de una manera repugnante ciertas bajas regiones de la Sociedad, removiendo y extrayendo de su seno miasmas pestilentes y venenosos que asfixian con sus emanaciones nocivas, en describir con la mayor propiedad y desnudez los asilos del vicio y la prostitucion, conduciéndonos á los lupanarés para que presenciemos las impúdicas bacanales y las desenfrenadas orgías que allí tienen lugar, concluyendo por familiarizarnos con las tenebrosidades del crimen, en sumergirnos por completo en el abismo del mal, so pretexto de que desde allí podemos conocer y desear mas la intensa luz del bien, en iniciarnos en todos los misteriosos horrores de la depravacion para que apreciemos mejor la virtud, si en esto consiste el Naturalismo, si en tan falsa y peligrosa teoria reposa su sistema, debemos rechazarlo y combatirlo enérgicamente por que su propagacion es una amenaza contra la moral.

La literatura ejerce y ha ejercido siempre una influencia directa y poderosa, sobre los hábitos y las costumbres internas de la sociedad; ella puede transformar rápidamente el carácter grave y austero de un pueblo, en frívolo y degradado, regenerar, pervertir, salvar ó precipitar un núcleo, segun sean sus tendencias moralizadoras ó desmoralizadoras.

Diseminad cierto género de novelas perniciosas, y ya vereis al cabo de unos años el resultado aterrador que esa lectura da;

pero por el contrario, imprimídes á estas cierta faz severa y edificante, que sin ser hipócritamente falsa, sea suficientemente buena, y presenciareis en breve tiempo un cambio radical de costumbres y de ideas hasta en las mas bajas clases sociales.

Acceptado este dominio de la literatura, incontestable por otra parte, sobre los límites internos de la sociedad, el Naturalismo, tal como lo interpreta Zola en sus romances corruptores y lo defienden inconscientemente sus sectarios, es un atentado contra la dignidad y la cultura, que debe atacarse sin miramientos.

Censuramos tan ágríamente la Nana de Emilio Zola, como la Margarita Gautier de Alejandro Dumas; ambas en nuestro concepto entrañan iguales peligros. Tan lejos estamos de aprobar esa especie de novelas, en que sus autores ocultan el alma prostituida de sus protagonistas bajo los encantos mentidos y atrayentes de una falsa virtud, como de creer que las obras del gran Sacerdote parisiense, como lo llaman sus fanáticos partidarios, sean la moral puesta en accion.

¡Sarcasmo! La moral puesta en accion por medio del vicio! ¡Estraña manera de defender tan absurdas doctrinas!

El Naturalismo, nos dirán, se propone curar analizando el mal; la mejor manera de combatir el crimen, es presentarlo y describirlo con todos sus horrores.

Error, funesto error! repetimos. Tal principio se asemeja al que pretendiese hacernos creer que para ser ángel, fuera preciso ser antes demonio, ó que para evitar una enfermedad crónica es necesario haberla padecido. Es mas fácil ser ángel, con todas las purezas inmauentes del alma, sin haber sido demonio, y mas seguro librarse de la enfermedad, cuando ésta no se ha padecido, por que el gérmen aniquilador de un mal crónico, una vez que se ha introducido en el organismo, deja en él raíces profundas que cuesta mucho trabajo estirpar.

Y esta tendencia del mal á renacer y reproducirse siempre, se observa tanto física como moralmente.

Empezad á leer á Nana, la obra maestra del gran filósofo naturalista, con el alma pura y el pensamiento elevado, y la terminareis con el alma envilecida por todas las miserias del vicio.

Fuertemente impresionado por el fatídico interés de que están revestidas todas sus escenas, os sentireis poderosamente arrastrado por el curso de los acontecimien-

tos que allí se desenvuelven, asistiréis con el pensamiento á esas interminables saturnales del vicio, llegareis á conocer y penetrar las mas recónditas cavidades del crimen, seguireis paso á paso todas las horrendas peripecias de ese drama tremendo que se desarrolla en la oscuridad, presenciareis todos los excesos concebibles, y hasta inconcebibles, de la prostitucion mas refinada, nada ha querido suprimir el autor, ni el mas bochornoso detalle, su robusto talento ha hecho aquí gala de una fecundidad pasmosa; y despues de haber leído con ávida curiosidad esa epopeya monstruosa y repugnante, despues de haber asistido desde su principio hasta su desenlace á esa trama de iniquidades y de atrocidades, despues de haberos sentido mareado por los miasmas atosigantes que exhalan esas cloacas, esos resumideros inmundos en que os habeis encontrado sumido, ¿qué impresion experimentaréis? . . . Vértigos en el alma, vértigos en la mente, las sombras del crimen envolviendo aún vuestro espíritu, esas emanaciones pestilentes sofocando y oprimiéndoo todavía el corazon! . . . No habreis cruzado impunemente un arroyo de cieno sin salir algo enlodado!

Hé aquí el único resultado de esa dura é inapropiada lección del naturalismo; la pérdida de vuestras virtudes morales, de la pureza de vuestros sentimientos; no tendreis el cuerpo prostituido, envilecido, pero el alma sí, por todas las ulceraciones del mal.

Examinando bajo otro punto de vista el beneficio que para la moral puede reportar el Naturalismo propagado en Nana, y que es el principal fundamento en que se apoyan sus falsas doctrinas, aceptando que si él representa un peligro para la castidad con su leproso contacto, encierra una leccion edificante para los seres prostituidos que viven encenegados en el crimen, mostrándole los horrores á que conduce el vicio, examinando, decimos, bajo este segundo prisma el beneficio del Naturalismo, el error persiste para nosotros. ¿Acaso el hombre mas depravado, mas abyecto, la mujer mas impura, ignoran el fin trágico, miserable q' les reserva una vida de degradacion é infamia? No, mil veces nó! Plenamente convencidos están de ello; pero el vicio con su poder irresistible, fascinante, los subyuga, la resbaladiza pendiente del mal los precipita, el abismo de sus propias infamias los atrae, y ellos no encuentran una débil resistencia que oponer. . . . ¿Por qué? Por que carecen de las nociones del

bien, porque desconocen la idea de lo noble, de lo digno, de lo elevado.

Hé aquí el verdadero modo de moralizar: enseñar el bien para evitar el mal; iniciar el espíritu en la facultad superior de lo grande, para que sepa despreciar lo ruin, sustraerse á lo mezquino. Conduciendo y experimentando las pasiones generosas es como se aprende á ser justo, honrado y virtuoso.

La oscuridad se combate con la luz, la ignorancia con la ciencia, y el vicio con la virtud.

Las doctrinas en que se funda el Naturalismo y en las que encuentra su razon de ser, son por lo tanto absurdas é inaceptables.

Pero no se crea que por combatir la escuela del Naturalismo, nos declaramos partidarios del Romanticismo. Ni la una, ni la otra escuela, tales como se pretende establecerlas, son aceptables, hemos dicho al principio de este artículo, y esta es en efecto nuestra opinion.

Falsear la verdad, independizándose de las leyes naturales que deben regir todas las creaciones del espíritu humano, es pretender hacer prevalecer lo inverosímil sobre lo verosímil, desconocer lo real por lo absurdo, negar lo cierto con lo incierto; y este es el defecto que le encontramos nosotros al Romanticismo.

Elegir un término medio, es decir, adoptar un género de literatura que reuna las cualidades y deseché los defectos de ambos sistemas, sin participar exageradamente ni del uno ni del otro, esa es la solucion que se debe buscar al problema planteado, y la única lógicamente aceptable.

JOSE L. O'DONNELL

LAS TRES DAMAS IMPERIOSAS

(Continuacion)

II.

A la combinacion de la luz que resulta de la escasa del día que trabajosamente penetra por los rojos y corridos cortinoves que cubren los huecos exteriores de un elegante *boudoir*, y de la intensa que despidе una bien encendida chimenea, en medio del rompimiento que producen sus reflejos, prestando á los objetos sobre que descansa un tinte rosado y brillante, que contrasta con las pálidas tintas de los objetos que le rodean, al lado de uno de esos lindos mue-

itos de la época de Luis XV, llenó de preciosos enseres de escritorio, que más parecen juguetes ideados por la fantasía de un niño, artísticamente reclinada sobre un blanco canapé, se halla una mujer que no vacilaríamos en calificar de jóven y hermosa, si no nos hicieran cautos engaños del esmalte, del henchido, del vé, de la odontalgia y de la perspectiva. Apoya su brazo izquierdo, cubierto de joyas, sobre el último tomo de poesías, mientras que su mano derecha, de una exquisita blancura, juguetea con una pluma de oro, acompañando las frases de una condescendiente conversacion, que continuaba así: —Desengañaos, el conde vá por mal camino y harto suavemente lo hemos tratado. En el mismo paso que acaba de dar, aunque el mismo lisonjero para mí, os lo demuestra. Busca la Belleza, nombrarla siquiera, es reir en la Metafísica, creer en las entidades ocultas.... No hay belleza sino objetos bellos, ó, para hablar con entera precision, hay más que una sucesion de estados agradables: ¿en qué consiste este agrado? ¿la impresion que produce la superficie de los objetos en los sentidos, singularmente en el sentido de la vista.

—Permitid, dijo nuestro conocido el Vizconde, que os defienda contra vuestra propia ría. ¿Conque vos, la bella de las bellas, seriais más que una superficie engañosa?

—Ni yo, ni vuestra princesa, Vizconde. ¿qué es lo que llamais engaño, enveño lo galanteador? Figuráos que con un mapa mas de Geografía, podríais afirmar que no hay en todo el territorio de la Union Americana ninguna provincia de Ignavia, que vuestros conocimientos político-sociales hubieran hecho saber que los demócratas norte-americanos no conceden título a príncipes, y que ni allí, ni en ninguna parte se paga al presente el «chapin de la necesidad», por tener la alta hora de ser recibido en audiencia particular; ¿dejaría ser cierto, que la susodicha señora tiene sus dominios en la ignorancia, «ignavia» en fin, de las gentes, y que vos, entre otros, pagais tributo sin haber, hasta el presente, logrado besarle la mano?

—¡Señora!...

—No trato de ofenderos, habló sólo en síntesis: es posible que allí haya Ignavias princesas como en todas partes; dejadme concluir: suponed que vuestra encantadora belleza hubiera sido antes una doncella blanca, rojinegra como los ahumados chibitos de Candelario; que, mas lista que la

mayoría de sus paisanos, hubiera logrado entrar de característica en la compañía de un café cantante. Suponed que allí hizo relaciones con uno de los mozos, gran partidario del amor libre y de la igualdad social, y que, reuniendo la ciencia del uno y el arte de la otra, se decidieron, por su propio derecho y sin ageno auxilio, á ocupar uno de los primeros puestos de la nobleza; suponed que emplearon sus ahorros y sus propinas; ella, en transformarse de morena en rubia; él, en alquilar un traje decente, y que con su nueva cara y nuevo traje, obtuvieron el crédito necesario para alquilar un cuarto amueblado y una berlina; ¿os parece que estos príncipes fantásticos, formados segun todas las reglas del arte, son inferiores á esos otros que llaman verdaderos, constituidos tales por el capricho de un rey y educados entre lacayos y mozos de cuadra?

—No prosigais, señora, exponiendo esas doctrinas demagógicas, que ni en son de burla sientan bien en vuestros lábios, dijo el Secretario, viniendo en ayuda del corrido Vizconde, y continuad con vuestra interesante teoria de lo bello, que me temo mucho ha de ser otra finísima ironía; ¿cómo comprender que la más noble y bella de nuestras damas dirija sus tiros contra la nobleza y la hermosura?

—Aunque así lo fuera, en lo que habria mucho que discutir, ¿por tan necia me tenéis que estime en más lo que debo á la casualidad que lo que es hijo de mi propio esfuerzo? (Quedábamos en que la belleza es la relacion que existe entre la superficie de los objetos y nuestra propia vista. Cuando esta relacion es de conveniencia, nos parecen las cosas bellas; cuando son inarmónicas las vibraciones de las unas y de las otras, feas ó deformes. Un instrumento llamado *estetómetro* nos permite en cada caso apreciar el grado de la relacion. De este modo lo bello sale del vago dominio de las ideas y entra de lleno á formar parte de la Física. Su produccion queda, pues, reducida á este sencillo problema: «modificar una superficie de manera que sus vibraciones convengan con una visualidad dada» y si á esta modificacion, en cuanto tiene por objeto realizar lo bello, le llamamos «adorno», y á la serie sucesiva de sus estados, «moda», tendremos que la «belleza consiste en adornarse segun la moda.»

—Convengo en que vuestra consecuencia es lógica, una vez negada la sustantividad de lo bello; ¿pero las grandes obras no consisten principalmente en la unidad de

la concepcion interiormente sostenida? ¿No se reputarán siempre como bellas la Iliada, la Divina Comedia?...

—Pura moda, amigo mio; la costumbre ha hecho de mal tono decir lo contrario, y nadie quiere aparecer ménos ilustrado: leedlas á un rústico ó á un niño y bostezan á la segunda página y se duermen á la tercera. Un aguador prefiere la gaita de sus paisanos al violín de Cremona, y una lagareña sus santos de almagra á los cuadros de Velasquez ó Rafael. No negaré tampoco....

—Permitid que os interrumpa, replicó el Vizconde algo mas sereno; pero os he cogido en la mas flagrante de las contradicciones: ¿vos tan experimentalista, utilizando como un escolástico! En cuanto á mí me atengo á la experiencia: conceded la mas mínima atencion á mis obsequios y os permito demostrarme luego que sois fea.

—Ese es el punto en que precisamente os aguardaba. ¿Me ofreceis vuestro corazón? Yo os aseguro que no tardaréis en arrepentiros de vuestra promesa.

—Vuestro rostro y vuestro talle me aseguran de lo contrario. Á pesar de la insustanciabilidad de lo bello, no hay quien os haya visto una sola vez que no me envié en este instante.

—Apelo, como Sócrates, de todos esos testimonios al de vos mismo.

Y despojándose con extraordinaria rapidez de sus femeniles ropas, apareció un travieso mancebo que, saludando graciosamente á sus interlocutores, les dijo:

—Mr. Petibé, comisionista y prospecto ambulante de costumbres, adornos de señora etc., etc.

—¡Bribon! dijo para sí el Vizconde ¡y me ha sacado cincuenta duros!

—Adios, vizconde, dijo en esto el Secretario: ¡mañana lo demando!

III.

Aturdido nuestro embajador con tan no pensada peripecia, vagaba por las calles sin rumbo fijo, cuando llamaron su atencion unos grandes cartelones en que se leia *La Verdad*, y con letras mas pequeñas *Sociedad de Crédito*.—*La Bondad*, y mas abajo *Artículos de consumo*.

—Vamos, dijo el Secretario; ya sé á que atenerme en punto á las tres doncellas, y volviendo á su señor le dijo:

—La Verdad, la Bondad y la Belleza no son tres doncellas, sino tres anzuelos llenos de falsedad, de hipocresia y de polvos de arroz.

TERCERA PARTE

I

En un escondido gabinete, á donde á nadie permite penetrar, recostado en una blanda otomana que convida á tomar las mas extrañas posiciones, detrás de un veladorcito cubierto enteramente por un rico servicio de café, se halla el conde, como él dice, en sus momentos de buen humor, entregado á sus recuerdos de estudiante.

La llama azulada del rom que salta con grito estridente en una ancha ponchera de plata, reflejando en los variados colores de los líquidos que se contienen en los frascos de una muy completa licorera, interrumpida por las continuas nubes de humo que se desprenden del agua, del ponche y del café, y por las mas espesas que alternativamente lanza el conde de la boca sacándolas de una larga pipa, que dibujan á intervalos sobre las desnudas paredes, figuras gigantescas, dan á aquella estancia un tinte fantástico imposible de describir.

¿Qué debe pasar en el cerebro de ese hombre adormecido por el alcohol, exitado por el café, á solas con su conciencia entre las ilusiones de su infancia y los desencantos de la vida?

—Al fin puedo descansar, exclamó, tan tenaces son esas ridículas preocupaciones que graban nuestras estúpidas nodrizas en nuestros blandos sesos. ¡La belleza! que se lo pregunten á Mr. Petibé: ¡La verdad! de veras que desearia saber lo que se oculta con ese nombre! Dijo, y rendido por este esfuerzo, dejó caer la cabeza sobre el pecho y se quedó de nuevo adormecido.

Pero entre las penumbras de aquel sueño le pareció escuchar lentos y callados pasos que rozaban suavemente las alfombras, y de improviso halló delante de sus ojos una hermosísima figura. Compuesto singular de luz, sonido y movimiento, no tenia límites precisos, era como los aromas que se perciben sin dejarse ver. Mas al tocar en los objetos, éstos se tornaban transparentes desprendiéndose su grosera corteza, y revelaban su esencia íntima que se esculpía, se dibujaba y se cantaba todo á una vez, sin que pudiera decirse dónde los acentuados contornos de la escultura se confundían con la línea del pintor, ni los determinados matices de la pintura con la indefinible vaguedad del canto, ó dónde éste, hallando en la idea la propia expresion del sentimiento, daba lugar á la poesia: el arte de las artes.

—Bonito cuadro disolvente! ¡Magnífica

luz de Bengala! dijo el conde, apuesto á que es invencion del tunante del Secretario, que en picardias no quiere dejar eclipsarse por ninguno. Esta sí que es la Belleza, si la hay, añadió sonriendo maliciosamente.

Y una voz que hacia entenderse sin ruido le contestó: Has llamado á mi hermana y héme aquí.

—La Verdad, yo quiero á la Verdad á quien no he visto nunca; en cuanto á la Belleza ya sé por esperiencia á que atenerme.

Entónces disipándose la atmósfera de encanto que todo lo envolvía, dejó ver en los objetos una fisonomia austera, semejante al doloroso placer que experimentamos cuando hemos renunciado aun á las sugerencias más nobles del egoismo; los contornos antes dulcificados tomaron formas mas decididas: á las intuiciones del artista que adivina entusiasmado, sucedieron las deducciones del sábio que sereno demuestra.

—Esta es evidente, esta es la verdad, balbuceó el Conde, pero no, no quiero creerlo.

Empero en vano cerraba sus ojos á la luz, una luz mas intensa ardia dentro de sí mismo; en vano intentaba amortiguarla ó oscurecerla con sofismas, una voz serena é impasible le gritaba desde lo mas profundo de su conciencia: *Mégame si puedes.*

En un mismo espejo veia retratado lo que era y lo que debía ser, en vano intentaba apartar de aquel espejo su mirada; á donde quiera que volvía la vista la encontraba siempre.

—¿Qué te he hecho, mas que desearte, decia el conde anonadado; si eres la Verdad, porqué me atormentas?

—Yo no alhago, ni atormento, muestro lo que es y nada mas. Tú me confundes con mi hermana, esa es la encargada sobre la tierra de dispensar el premio y el castigo.

—Yo lo soy, dijo otra voz de irresistible imperio, yo la voz de tu naturaleza, yo la voz que estás obligado á obedecer; has podido hacerme traicion, pero no puedes desacatar mi autoridad, donde quiera que camines yo iré contigo. No hay interés que pueda oponerse á mis mandatos. Cumple tus deberes. Obedece.

FEDERICO DE CASTRO.

(Continuará).

ARCO - IRIS

LAS LIGAS DE MI NOVIA.

I

Seguramente que ninguna muger del gran mundo, se atreveria á recibir de manos de su prometido, un par de ligas para estrenárselas el dia de su boda. Tambien es cierto que ningun señor de carruaje con librea se atreveria á hacerle tal obsequio á semejante dueña de su corazón. Sin embargo, conozco á un jóven que presentó unas ligas á la niña que debió ser su esposa para que sujetase sus blancas medias la noche del casamiento. Ese jóven es el autor de este pequeño artículo.

Preciso es decir aquí, que Cedra era una criatura de espíritu verdaderamente sublime, razon por la cual, segun mi opinion, admitió este regalo con una naturalidad digna únicamente de la mas encantadora sencillez. Tambien debo confesar que esas ligas, no habrian sido desdeñadas por los ojos de la dama de mejor gusto. El tejido era de una originalidad inimitable, y, aunque solo me habian costado veinticinco pesos, presentaban el aspecto de una filigrana de plata.

Apenas faltaban quince dias para aquel en que debía efectuarse nuestra union, y yo no tenia con que amueblar mi casa de desposado, y lo que es peor, ni siquiera con que comprar las ligas que habia visto relumbrar á la luz del escaparate de una tienda de la calle de Cangallo.

Las ligas valian veinticinco pesos, como ya saben mis simpáticas lectoras, y yo apenas tenia quince en mi bolsillo. Desesperado, ante tan triste escasez de dinero, resolví para completar la suma, pedir prestados á un amigo, los diez pesos restantes. Pero ¡ay! esta vez se apoderó de mí un nuevo martirio; por que el tal amigo, á pesar de poseer una espléndida fortuna, despues de hacerme esperar lo dos largas horas en su sala de recibo, me contestó que no tenia cambiado en ese instante, que volviera mas tarde para facilitarme el dinero.

A falta de garrote, le hundí mi puño en el vientre cuando me dió esta respuesta: sabe Dios porqué...

En fin, volví mas tarde, como habian convenido. El muy generoso sacó de su cetera nueve papelitos de á peso y en seguida con la calma de un elefante de colmillos viejos, los contó y recontó, humedeciéndolos los dedos cien veces.

—Toma, me dijo, estirando la mano, si; no te daré completo lo que me pides; pero, ¿qué quieres! . . . no he podido conseguir más cambio, y, al fin y al cabo, son nueve pesos los que te entrego; tú podrás conseguirte por ahí el que te falta para completar los diez.

—De todos modos, te agradezco, le respondí yo, sonriéndome despreciativamente, y, mordiendo los labios con ira, me salió sin saludarle, en busca de los ocho reales que me faltaban, para satisfacer mi propósito.

Después que tuve la suma completa, compré las ligas con la condición de volverlas por otras, sino quedaban bien en las pantorrillas de mi amada.

Cedra me las recibió en presencia de la madre con una sonrisa encantadora.

Aunque yo tenía la creencia que su bello candor consentiría, se las colocase en mi presencia, pronto me convencí de lo contrario.

—Voy á probármelas en la otra habitación, me dijo llena de coquetería, y se dirigió á su cuarto.

Como Cedra era gruesa, yo había elegido, como era natural, las ligas para unas pantorrillas gruesas; pero ella las había tenido más abultadas de lo que pensé al principio, porque volvió diciéndome que le quedaban ajustadas, y que le hiciera el gusto de cambiarlas por otras más holgadas.

En el acto, salí corriendo en busca de otras; que le quedaron pintadas, como suele decirse.

I-I

Faltaban dos días para la boda, cuando me presenté de visita.

—¿Tiene usted valor de venir á mi casa, me preguntó, colérica, la madre de Cedra, después de habernos engañado miserablemente?

—Señora! . . . balbucí yo, sin saber que decir.

—Usted acaba de labrar la desgracia de mi hija, prosiguió implacable la señora, si; usted le dió su palabra que se casaría con ella pasado mañana y . . . y he sabido que ni siquiera tiene usted para amueblar una triste pieza.

—Señora, si es cierto que Cedra me ama, como me lo ha jurado mil veces, exclamé yo, vivamente conmovido, puede ella esperar-me un mes.

—¡Oh! eso había de querer usted, dijo la terrible vieja; pero yo de ninguna manera

lo consentiré, harta paciencia he tenido recibiendo de visita durante tres años.

—¡Ay de mí! exclamé entonces, lanzando una mirada desesperada á la hermosa Cedra que en un extremo de la sala, lloraba amargamente, sin esperanza de hallar un bálsamo que aliviase el cruel dolor ocasionado por la herida que acababa de inferirle su adorada madre.

—¿Qué espera usted? me volvió á decir la señora, levantándose de pronto; puede usted retirarse ahora mismo y no se acuerde de poner otra vez los pies en mi casa.

—Bien, señora, me retiraré, le respondí, dejando saltar de mis ojos dos lágrimas ardientes.

Luego, me salí precipitadamente, sin despedirme, llevando los cabellos en desorden como los de un loco.

Cuando estuve fuera de la casa, llevéme el sombrero á la cabeza, y al colocármelo, sentí que me ajustaba de una manera extraña. Me lo quité para buscar el estorbo que pudiera tener, mis dedos tropezaron con un bultito y . . . ¡oh sorpresa! al levantar el cuero que va sujeto al rededor del forro de seda, encontré debajo de él, muy escondidas, las ligas de mi adorada, las mismas que hacia tres días le había regalado á Cedra! . . .

¡Ay! ya no pude soportar mi dolor, miré desesperado en todas direcciones, sin atinar á donde dirigirme, y, como el niño abandonado en medio de un camino inmenso y solitario, solté el llanto y eché á correr por las calles con las ligas en la mano.

RODOLFO ERIC DE POMBAL.

Que la ciencia progresa, es una verdad inconcusa.

Pero, á pesar de todo, asombra el vuelo que cada día toma, sorprendiéndonos con maravillas no soñadas por la imaginación más oriental.

¡Y cuidado que no pecamos de asombradizos!

Nosotros, que hemos visto, verbi gracia, elevar á la primera magistratura de un Estado vecino á un soldado oscuro á quien la fortuna, que es ciega, concedió sus favores—¡debilidades femeniles! y otros excesos por el estilo, ¿podemos asombrarnos de nada?

Y, sin embargo, hétenos con la boca abierta ante un nuevo invento que está llamado á producir una revolución en las costumbres sociales.

Hé aquí lo que dice un colega al respecto:

«Hasta ahora se han hecho fotografías en papel, en cartón, en tela, en vidrio y en porcelana; hé aquí ahora que un sábio acaba de encontrar un medio, con ayuda de una preparación especial, de fijar la fotografía sobre la piel humana, de una manera infalible».

—¿Me olvidarás? decía la novia sentimental al galán que la enamoraba.

—¡Olvidarte! exclamaba éste poniendo los ojos en blanco, echando atrás la melena y con aceto melodramático; ¿no sabes que llevo tu imagen fotografiada en el corazón?

Hoy dirán:

—¿Me amas, Abelardo?

—Hasta la pared de enfrente, ¡oh bella Eloísa!

—¿Te olvidarás de mí?

—¡Olvidarte! ¿acaso no te llevo fotografiada en la calva?

La mujer coqueta, siguiendo la moda, se vá á convertir en un album de retratos.

Para las miniaturas, el sitio más á propósito será la punta de la nariz.

Esa moda puede acabar con las infidelidades conyugales, con tal que cuando la mujer se case obligue á su marido á que se fotografíe su imagen en la frente ó en otro sitio cualquiera.

¡Hay tantos que se hacen pasar impunemente por solteros!

No podemos negar á un desgraciado esposo nuestras columnas, para ayudarle á restablecer la tranquilidad conyugal.

Figúrese el lector á un hombre como de treinta años, de pasiones fuertes, esposo fiel, que con las lágrimas en los ojos anda de puerta en puerta, por nuestras calles, buscando á su cara mitad, infiel, descreída, mala esposa, que huyó de su lado escuchando los pérfidos consejos de la fondera Carlota.

Figúrese, que después de sollozar, e implorar á la policía le ayude en su pesquisa, exclama con acento triste y condolido: «Te perdono, porque te amo».

Este es el colmo de la fidelidad conyugal, este es el modelo de buen esposo, Dios sabe por cuántas deseado.

El desdichado, es Manuel Cortiña, domiciliado en la calle de Comercio 211, donde vivía con su esposa Rosa C. Ibarra, de 18 años de edad y de nacionalidad paraguaya.

De allí, el 19 de Febrero, próximamente á las 10 de la noche, huyó Rosa sonsacada por la fondera Carlota domiciliada en la calle de Perú 510.

Y desde entonces hasta la fecha no ha podido conseguir, el desgraciado esposo, saber el paradero de su Rosa, joven tierna y accesible al amor.

Piedad, Rosa! para él.

CRÓNICA DE LA SEMANA

Merece que se diga, siquiera sean algunas breves palabras, acerca del progreso que se nota, entre nosotros, de poco tiempo á esta parte, en materia policial.

El servicio está perfectamente organizado y se siente que la moralidad empieza á accionar en esta importante reparticion, dándole un prestigio y una confianza pública de que ántes carecía.

Hay un medio para convencerse de la verdad de lo que dejamos dicho, y es leer los diarios sin distincion de colores políticos. En ellos, efectivamente, no se encuentran inculpaciones de ningun género dirigidas á la Policia.

Es esta la manera mejor para pulsar las opiniones generales.

Talvez, esta es la primera ocasion que sucede un hecho de esta naturaleza.

Merece, pues, su digno Gefe ser felicitado.

Las comisarias funcionan con mucha regularidad, entre las cuales haremos mencion especial de la 15ª, en la que reina un orden admirable y está á cargo de empleados dignos y competentes.

Hemos tenido ocasion de constatarlo.

El Correo Español, importante órgano de la colonia española, tan numerosa y distinguida en esta Capital, ha llevado á cabo una verdadera revolucion bienhechora en el seno de sus talleres y organizacion en general.

Ha trasladado sus oficinas á una espaciosa y cómoda casa, montando el establecimiento á la altura de los mejores que tenemos entre nosotros.

Todas las secciones del diario han recibido una completa modificacion, estando servidas por personas competentes que desempeñan dignamente sus deberes.

Los tipos han sido cambiados por otros mas elegantes y nuevos; teniendo que agregar á todo esto sus numerosos y distinguidos corresponsales europeos, que se encuentran representados por hombres como Castelar y otros.

Nos es muy agradable palpar los grandes adelantos que hace el distinguido colega por quien hemos tenido siempre las mayores simpatías.

Nuestro simpático colaborador Enrique E. Rivarola está dando las últimas pincela-

das á un precioso poema titulado *El esquelito*.

Pronto sus numerosos admiradores tendrán ocasion de saborear sus bellas estrofas, pues ántes de que aparezca en el nuevo libro que tiene en prensa, lo dará á luz en nuestro colega *El Nacional*, diario de cuya redaccion forma parte el inspirado autor de *Primaverales*.

Rivarola es uno de nuestros jóvenes poetas que mas laureles ha recojido en su carrera literaria, y sin embargo, es tal vez el que menos enorgullecido está. Es el atributo del verdadero talento, la modestia, por eso es que se hace doblemente simpático á los ojos de los que diariamente tenemos que estar soportando las insulseces de la turba de tontos que nos asedia con su hinchada petulancia de competentes.

Individuo de esos hay que, con su sola presencia nos exita los nervios; es que no hay nada mas fastidioso en la vida que los imbéciles cuando se creen revestidos con el ropaje de la inteligencia y el saber.

No hay nada mas atrevido que la ignorancia, se ha dicho, y se ha dicho la verdad: el zascandil que nos ocupa, tiene la mania estúpida de abrir opinion sobre todo lo que vé ú oye, con tal garbo y solemnidad como si efectivamente estuviera al cabo de lo que juzga.

Cae en sus manos una produccion cualquiera, se habla de tal ó cual poeta, y *zas!* ya está formulado su juicio, que generalmente se traduce en estas ó parecidas palabras: «es un macanazo», «es un macaneador».

Estamos ya cansados de ese enjambre de necios que todo lo conocen y lo juzgan con la misma autoridad con que el barrendero pudiera hacerlo.

Aporreadores del sentido comun, gorgojos de la idea, ó como dice Mendez, cuzcos de la envidia, cuya ocupacion asidua es ladrar al talento, y tirar tarascones á los talones del génio.

Véase pues, si tendremos motivos de aprecio para Rivarola, á quien no embriagan los aplausos á que se hace merecedor y que se le tributan por su claro talento y su modestia.

En su nuevo poema, que es un verdadero cuadro con todos los colores de la rica paleta de su fantasía creadora, tiene pinceladas maestras.

Ya hemos aplaudido muchas veces al joven poeta, en las felices manifestaciones que ha dado de su facilidad en el género descriptivo, y esperamos ansiosos que aparezca su nueva produccion, que representará una hoja mas de laurel en la corona

con que el aprecio público ha ceñido sienes.

Saben nuestros lectores, que nuestras provincias hermanas de la Rioja y marca pasan actualmente por una de honda miseria á consecuencia de haberse perdido las cosechas en dos años de sequía y de gran sequía.

El Gobernador de la Rioja dice en un documento oficial que los habitantes de la provincia emigran en masas compactas, á punto de estar amenazados algunos departamentos de quedar completamente sin habitantes.

Por otra parte las autoridades de la marca se han dirigido al Presidente de la República pidiéndole recursos para remediar tantos males.

Dados estos antecedentes, es satisfactorio consignar que los sufrimientos de nuestros hermanos encuentran eco en los corazones de la patria, y ya empieza á notarse una noble rivalidad para remediar estos males.

En el Rosario se han dado algunas iniciativas con este objeto.

El Presidente de la República ha creído tambien con su óbolo, y ahora la Cámara de Diputados que acaba de reunirse sobre tablas la suma de cien mil fuertes para atender á los pobres de ambas provincias. Falta la sancion del Senado para que este humanitario proyecto tenga eficacia, y llegue á satisfacer el hambre de los hijos de la Rioja y Catamarca.

Varios colegas de nuestra prensa de Catamarca, habiéndole cabido el honor de la iniciativa á *El Nacional*, han abierto en sus columnas una suscripcion pública con este fin.

Si todo esto se realiza tendremos un motivo mas de felicitarnos, porque la caridad es el vínculo imperecedero que une á los pueblos y hace fraternizar á los hombres de la tierra sin distincion de razas ó creencias.

Todo augura, pues, que serán remedadas muy pronto estas dolorosas necesidades.

Salvo que no suceda lo que ocurrió en tres años. Sufría Catamarca una epidemia de chuchos, y la masonería de esta ciudad envió una regular suma de dinero para que fuese distribuida entre los pobres.

Nos damos como cayó este pobre dinero en manos del cura de Catamarca, que en vez de distribuirlo á los pobres lo destinó á proseguir la construccion de un Seminario Conciliar.

De esta manera la plata de los masones sirvió para hacer propaganda católica.

Bien dicen que nadie sabe para que se gastó la plata.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

ANUARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION, URUGUAY 508

ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, MAYO 27 DE 1883

DRAMA Y TRAGEDIA

Novela Histórica

CADA AMIGA MARGARITA R. DE GUTIERREZ
POR J. P. DE SAGASTA

(Continuacion)

El me tiene lástima. Ha besado mi frente y me ha empalidecido por una impresión profunda, me ha dicho apretando mi cabeza contra su pecho generoso: ¡Pobre criatura! yo te ayudaré á vivir, te sostendré en el niño, pobre muger! y oí sus sollozos, y tí sus lágrimas que mojaban mi frente. Después me preguntó, (á mí que temblaba en su presencia):

—¿Nada has logrado para tu salud?

—Nada, le dije, ya lo ves, he vivido en agonía tres años, ahora podré morir, tú estás á mi lado. No sé lo que sentí, perdí el sentido y caí en los brazos de Luis que me tuvo.

Después cuando quedé sola, he pensado mucho, y cada vez con más asombro en la vida de mi marido, y no puedo darme cuenta de tan inesperado acontecimiento. ¿Qué lo ha empujado? ¿Qué sentimiento condujo su paso hasta mí, él que se precipitó un día con esta terrible palabra: ¡Dios mío! Oh! Dios mío, me tiene lástima!

Alma noble, se acerca y consuela mi alma por el amor extraño, por el amor que robó á él la dicha.

Pobre Luis!

Ah! Rosa, quisiera amarlo, poder olvidar el fantasma de mi delirio, aquella ilusión única que llena mi corazón, Leoni, y saber tanto que tocará en la felicidad el alma marchita de Luis, pero no puedo, ya lo he dicho, obedezco en ese sentimiento un impulso celeste, á una orden del Dios del Universo. . . . olvidar á Leoni aunque fuera para hacer dichosa á esta noble

y santa criatura, es superior á mis fuerzas, á mi voluntad á mi razón.

No puedo!

Estoy casi tranquila, tengo el cariño de Luis, es tan bueno, he recuperado toda la dicha que guarda la existencia para mí. Me ama y me estima, eso es bastante para vivir. . . . lo demás está fuera de mi alcance, no es posible. Hoy mi suerte me parece bella comparando el pasado.

Luis es mi hermano, nada he descubierto en él que indique la pasión de otro tiempo, viene á verme dos horas del día, su conversación es alegre, quiete distraerme en la profunda tristeza en que está sumida mi alma, me cuenta anécdotas graciosas y procura sacarme de mi actitud.

Pero yo soy un cadáver que anda, nada basta á darme la alegría que perdí, ah! si lo volviera á ver!

Leoni, Leoni de mi alma!

Conoce Luis esto? yo no sé, pero sus ojos donde se pinta la pena que le causa mi tristeza por todo, me dice á veces con una larga y profunda mirada donde brilla una lágrima: «Soy capaz de todo por tí.

Sí, yo he leído eso en sus ojos de mirada noble, en sus ojos bellos.

Pobre Luis!

Mayo 18.

¡Oh Rosa!

Ayer he visto á Leoni. . . . sabes quién nos ha acercado?

Luis. El vé que mi vida se escapa, vé que dejo el mundo suave y dulcemente, sin quejas, sin pena de morir, y sabe que dentro de mi pecho suena un lamento eterno, un eco que lleva el nombre de Leoni. Es la pena sin consuelo que me mata, ah! vivir sin verlo.

Luis ha descubierto eso, y no ha luchado; primero ella, ha pensado ésa alma grande, y lo ha traído á mi presencia.

Seremos dos para cuidar de tí, me ha dicho sereno y con una expresión en la voz y en el semblante, de la más profunda naturalidad.

Al verlo, Rosa, otra vez, he creído morir al principio, y cuando Luis de pie se ha

acercado á su oído para dejar caer sobre mi corazón y el suyo estas palabras:

Está enferma, curadla pues, su vida es lo más caro que existe para mí; y he sentido romperse mi corazón al golpe de un latido supremo que solo puede levantar la gratitud. Ah! Rosa, hubiera querido en aquel instante, enlazar con mis brazos á los dos. Morir bendiciendo, feliz.

Pero Dios no lo quiso, quedé sin voz y cerré los ojos para sentir más poderosamente.

Leoni estaba á dos pasos de mí. Luis había huido.

Sentí su voz, su dulce voz.

Laura, me dijo, Laura!

Dí un grito y cubrí mi rostro con las palmas.

Leoni se arrodilló! tomó el ruedo de mis vestidos y los besó!

Como en otro tiempo sentí su perfume único, aquel perfume de jazmines, solo suyo, que es una cosa de él como un aroma de su propia naturaleza.

Alcé el rostro sin lágrimas.

Yo había jurado no verte más, le dije, ¿porqué vuelves á mí?

—El me ha traído á tu presencia: es Dios quien nos empuja.

—Sí, le dije mirándole en sus ojos bellos llenos de luz y de lágrimas, tienes razón, él nos acerca y Dios también.

El! este era el modo con que designábamos á Luis; ni Leoni ni yo, pronunciamos jamás su nombre, el uno en presencia del otro. ¿Era un sentimiento delicado. era un respeto profundo por aquel á quien robamos su dicha? ó era extraña, inexplicable expresión de disgusto la que nos impelia á hablar de esta manera? Jamás lo he podido comprender, no he podido darme cuenta de ello, pero tampoco pude nunca pronunciar ese nombre querido de mi corazón en presencia suya.

Bien pues:—Leoni fijaba en mí sus ojos con esa tristeza del asombro que se experimenta cuando después de una larga ausencia contemplamos el rostro de un sér querido que dejamos sano y lo encontramos enfermo y cercano al sepulcro.

—Porqué has sufrido sola? me dijo, tomando entre las tuyas mi mano flaca y helada; ah! agregó, porqué has querido morir sin llamar á tu *amigo del alma*, aquel que vive solo para tí, que daría todo en la vida, por hacerte para él, ó por devolvarte la dicha que te quitó?

Dos lágrimas corrieron de mis ojos abiertos y fijos con todo su fulgor de agonía, en el rostro de aquella criatura amada.

Leoni enjugó mis ojos con su pañuelo, lo besó repetidas veces y volvió á ponerlo sobre su corazón.

Yo debía huir de los dos, pude decirle, por eso no te llamé.

Pero á él

—No, yo no fui, él vino, me tuvo lástima.

—Pero sabe algo?

—Ah! Rosa querida, ante la pregunta angustiosa de Leoni tuve que hacer un esfuerzo sobre mi mente. Nó, le dije, no sabe nada.

—Entonces como esplicas tu separacion?

—Estoy enferma, eso es todo.

No puedo ser otra cosa que su hermana, y él me acepta así. es tan bueno.

Leoni al oír esto se estremeció, una espresion estraña vi lucir en sus ojos, era algo como una llamarada de infierno, un mal pensamiento para Luis, no me cabia duda. Despues me dijo: Sí, yo sé que es muy bueno, pero le odio.

Ambos abatimos la frente.

¡Pobre Luis!

¡Pobre de mí!

Acabó aquel dia y me hallé sola, todo me parecia un sueño.

Haber visto á Leoni, á mi querido Leoni, su voz, su palabra fácil y cariñosa, todo, creia una pesadilla de mi cabeza delirante, pero en los encajes de mi seno, en toda mi persona, estaba la onda de su perfume, sí, todo era cierto, aquel perfume era solo sayo.

Entonces yo no habia soñado, todo era una realidad.

¡Rosa, crees tú que yo puedo ser feliz?

Es verdad que esto te parece insensato? Sí, pero cuando siento el cariño de esos dos seres, ese afecto generoso que toca en el sacrificio con la indiferencia de sus propios sentimientos para darme la vida y devolverme la dicha perdida, creo en todo y espero. ¡Qué espero!

La muerte entre los dos, perdonada y amada!

Hasta ahí las cartas de Laura: hay en

nuestro poder algunos otros fragmentos que preferimos reservar.

Vamos á dar la última pincelada á esta historia, quiera Dios que logremos al terminarla la satisfaccion del lector inteligente.

(Continuará.)

EL ESQUELETO

AL. DR. MIGUEL CANÉ

I

Es una historia que parece cuento,— quizás un cuento que parece historia.

Há tiempo que lo guardo en la memoria, y, en sus noches sin sueño, el pensamiento lo acaricia, lo labra, lo transforma,— como el cincel frenético arrancara, golpe tras golpe, la anhelada forma al mármol de Carrara.

II

No he libado las mieles del Himeto, y para ornar mi canto, ni siquiera pedí á las musas inspirada lumbre; ni robar quise su inmortal secreto, ni las seguí por las feraz ladera que se encamina á la dorada cumbre.

III

Así, lector, mi verso es pura prosa.

Bajar no oírás de la mansion risueña, en dulces écos, el divino acento, no es la corriente pura y rumorosa que de la excelsa altura se despeña brindando amor al corazón sediento....

Es algo de lo mucho que se sueña.

IV

El héroe del poema era estudiante,— Galeno del futuro,— Y habitaba en un cuarto estrecho, oscuro, de un callejon sin nombre.

En él pasaba

sus noches y sus dias, triste, inquieto, sin mas acompañante que un mísero esqueleto resignado al sarcasmo de su suerte, y que en vez de dormir, allí velaba, callado centinela de la muerte.

Horrible noche que de espanto eriza en sus oscuras órbitas vagaba, y de Voltaire la irónica sonrisa en su boca sin-lábios desplegaba.

Reña, sí, reña, en su oscuro rincón, el esqueleto,

y era su risa penetrante y fria cual la hoja mortal de un estileto: risa de muerte que terror inspira, risa que arranca al corazón su calma, risa que arroja á devorante pira todos los sueños que acaricia el alma!

¡Quién sabe cuanta idea iluminara con claro resplandor su frente hueca,— cuánto amoroso beso se posará sobre esa boca descarnada y seca!

¡Quién sabe cuánto anhelo vagabundo llamó á las puertas de su pecho un dial! ¡Quién sabe cuanta luz, cuánta armonia, soñó en los cielos y buscó en el mundo!

Un ser, quizás desengañado y triste, de esos, despojos hoy, fué un tiempo due- Ríe, esqueleto,—ríe, si supiste que el hombre es polvo y q' la vida es sue-

V

El estudiante amó. Todos amamos, y es el amor del paraíso emblema,— ¿qué de estraño que un héroe de poema sueñe también lo que al amar soñamos?

Amó y soñó! . . . ¡Cuán mágicas visiones al llamado febril bellas surgieron! . . . ¿Cómo cantar lo que sus ojos vieron? . . . Oh! tiernas ilusiones de una alma euamorada, azorada inquietud, vago deseo, frenético aleteo del ave aprisionada— ¿cómo cantaros? Qué ignorada lira en cuerda de oro guardará los sonos que cantar puedan lo que el alma aspira y el ajitado hervor de sus pasiones? ¿En qué cantos verter ese profundo, espléndido universo? ¿En qué ignorado verso podrá el poeta concentrar un mundo?

Amó y soñó! . . . Y cuando el pecho humano brisas de amor y juventud respira, el libro es un tirano, la ciencia una mentira! . . .

VI

Mas bella que Beatriz, cuando en el cielo, abandonado su mortal ropaje, al leve roce de flotante velo estremeciera el lánguido follaje, era Maria; enamorada y tierna como Julieta en brazos de Romeo, cual ella ausiando en su febril deseo que la noche de amor se hiciera eterna. ¿Qué curicia mejor que su mirada, atmósfera idéul, deslumbradora,

qué caricia mejor que aquella aurora
sobre la flor del alma desplegada?

Negros eran sus ojos,—negros, tristes,
grandes, rasgados, voluptuosos, tiernos,
serenos, como el cielo de dos poetas,
y abrasadores como dos infiernos.

En sus sueños de amor al comprenderla,
en su éxtasis de amor al contemplarla,
eran pocos los ojos para verla
y las noches muy breves para amarla.

VII

La pesada comedia de la vida,
drama también,—que acaba con la muerte
allá al comienzo, rápida y perdida,
tiene una sola escena que divierte.
La de amor;—y tan grande es su belleza,
que, anhelando de nuevo sus primores,
con tal de repetirla, los actores
suprimieran el resto de la pieza.

VIII

Así, cuál llegan todos, de esa escena
llegó á ser héroe el estudiante un día,
y al grabar en la arena
la cifra amante, de promesas llena,
el viento del olvido la barria.

Las horas del amor, sublimes horas,
como los sueños rápidas pasaron,—
y aquellas gemidoras
tórtolas tristes, á las treinta auroras,
separadas por siempre se olvidaron.

No se olvidaron,—aunque cabe olvido
si el palacio de sueños se derrumba,—
él olvidó, para olvidar nacido,
pero su amada con el pecho herido,
plegó sus alas y bajó á la tumba.

IX

Cuando cerró María
sus ojos á la luz, y de su seno
no volvió el corazón á alzar la onda;
cuando, sonriente y pálida, dormía
en el fondo del féretro, y las flores,
mirándola con íntima tristeza,
doblaban la cabeza,
de un cirio á los inciertos resplandores;—
nube de hondo pesar, nube sombría,
aterradora, persiguió al amante,
y se le vió vagar desde aquel día
al borde de las tumbas solitarias,
espectro del dolor, fantasma errante,
sin fé en el alma, el tábío sin plegarias.

X

Era una noche pavorosa. El viento
los trémulos follajes agitaba,
y como en negras arpas preludiaba
de una elegía el quejumbroso acento.

Cada tumba entreabierta, onda de hielo
azotando los aires desprendía;
sobrecojido de pavor, el cielo
sus estrellas dispersas recojía.

Y las pálidas rosas á la tierra
que su raíz sepulta,
presas de horror, volvían su mirada,
como el niño, ante el miedo que le aterra,
en el regazo de la madre oculta
su cabeza adorada.

XI

Sobre el derruido muro
y con segura planta,
una sombra trepó, saltó atrevida,
como evocada por fatal conjuro,
y holló la tierra santa
que en hondo sueño á reposar convida.

Heridas por su paso vagabundo
las hojas del otoño se erizaron,
crujiendo en los caminos,—
y, como ansiando abandonar la tierra,
con los vientos vagaron
tejiendo caprichosos remolinos!

XII

Al borde de una fosa
se detuvo la sombra silenciosa;
de rodillas cayó desvanecida,
y, recobrando su actitud pasmosa,
en el monton de tierra removida
clavó sus manos y escarbó afanosa.

El féretro crujió. Hecha pedazos
saltó la negra tapa;
y cargando el cadáver en sus brazos,
envuelto entre los pliegues de su capa,
la sombra se alejó despavorida,
franqueó segura la falseada puerta,
y á la luz de un farol—como dormida
en un sueño de amor,—miró á la muerta.

Oh! tumba de María,
lecho de eterna paz que ansiara tanto,
cuán poco duraría
sobre la tierra tu esperado encanto!

XIII

De acerado dolor el alma herida
y secos ya, sin lágrimas los ojos,
dueño de los despojos
umados en los sueños de la vida;—
el estudiante, en ellos
rindiendo culto á su feliz pasado,
besó el negro torrente desbordado
de sus sueltos cabellos,
acarició su pálida mejilla,
y vió elevarse su marmórea frente,
por la tristeza del dolor opaca,

como el disco de luna
que envuelto por las sombras se destaca.

Y mudo de pavor ante el secreto
de ese hondo sueño que jamás despierta,
á dura prueba de dolor sujeto,
despojó de sus carnes á la muerta,
y armó, hueso por hueso, el esqueleto.

Juró amarla en la muerte,—y del pasado
reconstruyendo la feliz historia,
erijirle un altar en la memoria,
y arrodillar ante él su pensamiento!...

Hojarasca de amor que arrastra el viento!

XIV

Cuando evadiendo la prision mezquina
al llamado de amor de otras mujeres,
siguió por ancha senda peregrina
la mágica vision de los placeres,
y trémulo y febril, llevó á sus lábios
la copa desbordante,
olvidando los libros y los sábios,
vagó, alegre y errante.

Una noche, mareada la cabeza
por los densos vapores de la orgía,
inseguro su andar, entró á su pieza
para esperar desde su lecho el día.

De sus noches sin sueño la honda huella
fija en su rostro pálida llevaba;
él se acercaba enamorado,—y ella
con sus ojos vacíos lo miraba.

—Por qué, por qué, como en un tiempo, dime
no tiendes hácia mí tu abrazo amante?
Porque, porque, de tanto bien distante
huérfana el alma gime?
¿Acaso no eres tú la que en un día
juróme amor, en locos desvarios,—
la que sus labios acercó á los míos
para aplacar la sed que los ardía?
Nó, no eres tú; y esa sonrisa estraña
no es la tuya, mentira!
Nó, no puedes ser tú la que hoy, uraña,
con esos ojos sin amor me mira!
Y si eres, dame un beso!

—Miserable!

Aléjate de mí, tú, que al escaso
has llevado el afán de ser culpable!

El ébrio vaciló; miró á su amada;
buscó un apoyo, revolvió los ojos;
y, abrazando los rijidos despojos,
lanzó una estrepitosa carenjada.

XV

Cuando la débil luz que anuncia el día
sus blancas álas á agitar empieza,

y huye el tropel de desgarradas brumas que el aura hiende penetrante y fria, y canta el ave la eternal belleza tendiendo al aire sus rizadas plumas,— un reflejo de sol de la mañana, vibrando, en hebras de oro difundido, dando á las hojas rumorosos besos, atravesó el cristal de una ventana y vió á un ébrio dormido sobre un monton de amarillentos huesos!

ENRIQUE E. RIVAROLA.

LAS TRES DAMAS IMPERIOSAS

(Continuacion)

Y la verdad con minucioso análisis penetraba en los repliegues mas escondidos de la conciencia, y la Bondad, con mandato irresistible exigia poner por obra el deber apesar de todos los sacrificios, y la Belleza dibujaba los tormentos del malvado con la lira del Dante y el pincel de Miguel Angel, la serenidad del sabio con la magestad de Esquilo, nunca superada, y los horribles tormentos de la duda que halló en el Cementerio de Aldea, el alma hermosa de Juan Pablo.

Y el Conde desesperado se revolvió en su blanda otomana como en un lecho de espinas suspirando: ¿Quién me libertará de vosotras? venga la muerte.

—Y las tres le contestaban: ni la muerte.

II

Antes de continuar en el relato de esta ya tan larga como verdadera historia, he de confesar con toda sinceridad á mis lectores, de cuya buena fé jamás me permitiría abusar aunque pudiera, aun tratándose de cosas tan veniales como son todas las que se atribuyen á los héroes novelescos, á consecuencia, como asientan los mas graves y prácticos casuistas de la sutileza de su sustancia que no les permite soportar nada pesado; he de confesar, repito, que por éstas y otras razones que me callo y que decir podría, me acometió el escrúpulo de si se me podría tomar por patrocinador ó á lo menos por propagandista de hechos no suficientemente averiguados, pues que solo fueron vistos por un hombre cuyas anticipadas li- baciones excedian con mucho á las que á varon prudente corresponden.

Escarbajéame y escocíame este escrúpulo en el fuero interno, escocimiento y

escarbajeo que formulaba con estas ó parecidas razones: ¿He de turbar yó por tan fútiles motivos la tranquila seguridad de la mayoría de las gentes que por honradas se tienen y son tenidas, y para las que lo bello es lo que les gusta, lo verdadero lo que les parece, y lo bueno lo que les conviene?

¿Y cómo no se reirían de mí los sábios de la evolucion al ver que todavia despues de Comte, de Darwin y de Heckel hay quien se atreva á nombrar algo de absoluto? De seguro me colocan en el periodo evolutivo á que corresponde el Mastodonte fósil.

Asunto difícil era este y caso de conciencia calificado, por lo que para conservar la mia tranquila, decidí consultarlo con varones doctos.

—Dirijíme, en primer lugar, á un sapientísimo teólogo de los antiguos, hombre encañonado en el *distingo*, capaz de sustentar un *ergo* en la punta de una aguja, manteniéndolo en tan difícil posicion, asegurado por cien cadenas de sutilísimos silogismos, cuyas premisas mayores fueran lo bastante inconsistentes para flotar en los aires. A este que era además casuista consumado, le presenté en breve el objeto de mis dudas.

Arrellanóse en un sillón de baqueta, sacó su caja, tomó un polvo, y despues de haberse quedado largo rato en una especie de contemplacion beatífica, contestóme lenta y mesuradamente como pesando sus palabras.

—Difícil es la cuestion que me proponeis y digna de ser meditada mas despacio. En asuntos de visiones hemos llevado tales chascos que tocante á ellas toda prevision es poca. Nó que yó las niegue en absoluto, la Biblia nos habla de la vision de Saul y... pero es que la cuestion... vamos... decididamente es uno de los errores modernos; no hay duda, dijo alzando la voz, es una vision panteista, corred á vuestra casa, romped esas cuartillas, procurad hacer examen, no sea que os halleis inficionado de esas malditas ideas, y por vía de satisfaccion y penitencia no tomeis la pluma en cuatro años.

Quedéme anonadado con este para mí no pensado descubrimiento, mientras que mi interlocutor continuaba mas tranquilo: Hé aquí en lo que fundo mi opinion. Toda vision supone un sujeto visible que sea de su misma naturaleza. Ahora bien, la Verdad, la Bondad y la Belleza no tienen existencia *in re* sino *mere intellective* (sobre esto podría citar muchos textos); atribuirles, pues, acciones, movimientos, en fin, algo de lo que pertenece á las cosas *in se* es el error de los realistas que daban á las verdades generales existencia *ante rem*. Esto, como

veis, es clarísimo y no tiene necesidad para demostrarse del empleo de ninguna palabra desusada, ni de alterar el significado de las corrientes, como hacen esos mal llamados filósofos modernos, no menos corruptores del lenguaje que de las ideas.

Aunque en punto á la claridad no fuera enteramente del dictámen de mi docto antagonista, contentéme con él, aunque para mayor satisfaccion decidí consultar á un físico, no sea que el suceso pudiera explicarse por causas naturales.

En buena ocasion llegais, me dijo, en cuanto entré en su laboratorio, un médico ruso acaba de descubrir el anillo que faltaba entre los vertebrados y los invertebrados, ya no hay nada en la naturaleza que no pueda explicarse por la evolucion.

—Me alegro en el alma, le contesté, porque así no podréis escusaros de ilustrarme acerca de una duda que me agobia; y á seguida y sin más le conté mi cuento.

—Precisamente, me dijo, es cuestion que se acaba de resolver. La dificultad que hasta ahora han encontrado los sistemas empíricos para explicarse el *á priori* que por otra parte es innegable (ya veis que no soy preocupado) ha venido de no considerar la experiencia mas que en el individuo, olvidando todo lo que éste ha recibido por la adoptacion y la herencia. No hay más que fenómenos, pero algunos proceden de pasadas experimentaciones que han evolucionado nuestro cerebro y que suponemos superiores á nosotros, porque son anteriores á la conciencia de nuestra propia actividad. Lo que ha pasado en nuestro caso es que el cerebro del Conde, exaltado con el alcohol y la cafeina, ha dado valor á imágenes semi-borradas por el trabajo de la evolucion presente.

—¿De modo, insistí, que no dais valor ninguno á esos fenómenos?

—Qué valor quereis que dé á los fenómenos de un borracho?

—Vamos, dije para mí, los fenómenos científicos deben ser fenómenos en ayunas.

—Sucedióme, pues, lo que ordinariamente acontece, que despues de estas consultas quedéme poco más ó menos como antes de que hubiera consultado, y aplicando la máxima de San Agustin, *in dubiis, abstine*, iba ya á renunciar á mi trabajo, determinacion que casi siempre me hallo dispuesto á seguir, como que conviene enteramente con mi modestia, cuando reparé en una nota con que termina el manuscrito de la Crónica que me sirve de guia, la cual desvaneció de tal manera mis temores, que me

cidí á continuarlo, en la forma y modo que el curioso lector verá, si gusta, en el número siguiente.

III.

Despertóse nuestro Conde, ya bien en la mañana, y como es uso y costumbre en todo el que despierta, dirigió una mirada en derredor. Algo debió entrar que le disgustara, pues que cerró los ojos apresuradamente. ¡Qué horrible es esto! exclamó. ¡Cómo se vé el alma pura del artista en esos inarmónicos colores que hieren la vista desapasiblemente, y ban con su desórden la serenidad del esito! ¡Cómo revelan lo avieso de sus intenciones esas líneas que se retuercen en curvaturas imposibles y dán á esas figuras formas de condenado! ¡Cuán mezquino debe ser el sentimiento de esos hombres que no les permite ver más que lo que excita sus pasiones más groseras! ¿Y á esto le llama la realidad? ¿Y á esto le llama la Naturaleza? ¡La realidad, foco inagotable de altas ideas y nobles sentimientos! la Naturaleza, que sabe traducirlas todas en formas inimitables!

Son estos los vates, los que revelan á los mortales los misterios de los mundos, los que á los mirados ojos de la multitud la idea divina que anima todas las creaciones! Son los miserables aduladores de la degradación y del desórden, los santos sacerdotes que lo bello que el claro muestra su celestigenio, levantando mediante el desinterés estos sentimientos á las regiones más altas y sublimes! ¿No han debido romper pincel y sus cinceles antes de trocar su vida en misión de educadores de hombres, la de asquerosos alcahuetes de los vicios? ¿Qué digo! ¿no he sido yo el artista de estos artistas? ¿No he sido el que he levantado del polvo con mi oro, no ha sido el oro el que les ha comprado su celebridad? ¿Qué han hecho, esclavos que me vendieron su alma, más que propagar en las formas mi propio pensamiento? ¿esto he pensado, y esto soy yo! Miserable! Miserable!

Excitado por estas reflexiones levantóse el Conde apresuradamente y, saliendo del gabinete, vino á dar de cara con un antiguo retrato de Velazquez. La sobriedad de sus colores y la severidad de sus líneas que contrastaban con las ridículas escallolas y dorados de las paredes, daban á la fisonomía del caballero que representaba, un carácter austero y gravedad que acabó de desconcertar á nuestro Conde. Era, no podía dudarse, el mismo Velazquez trasladó su alma, uno de aquellos antiguos héroes inflexibles, fáciles

sufridores de la miseria, pero incapaces de transigir sobre el honor. Parecía que, sentado en aquel blasonado sillón de encina en el salón en que se conservaban las enmohecidas armas de sus abuelos, iba á pronunciar la excomunion de la familia, sobre aquel vástago podrido que se habia atrevido á cambiar los tesoros de honra, conservados y aumentados durante tantas generaciones, por fáciles goces en el mercado de las conciencias. Y el Conde estremecido bajaba la cabeza, como el delincuente convicto delante de su juez.

Así hubiera permanecido largo espacio si una de esas súbitas transformaciones del pensamiento no hubiera hecho variar de todo punto sus ideas.

—¡Torpe de mí! ¿de qué me sirven mis estudios? Cualquiera de mis abuelos en mi caso se hubiera suicidado, ó se hubiera metido en un convento. La ciencia ha hablado por fortuna, todos estos terrores no son más que la falta de un poco de fósforo en la pólvora. Vamos, pues, á almorzar. Y se dirigió tranquilamente al comedor.

IV.

Cubierta se hallaba la mesa de las más succulentas viandas y de los manjares más exquisitos; brillaban los vinos en todos los tonos, desde el pálido copacio, al ardiente rubí y al negro carbunco; fruteros de plata mostraban sobre verdes hojas frutas de todos los climas, y flores acabadas de cortar perfumaban suavemente la estancia, desde vasos de oro y de cristal de Sajonia mezclados con otros etruscos de voluptuosas pinturas. Mas ¿qué horror es este que se apodera del Conde? ¿Porqué se retira estremecido? Los vinos le parecen sangre caliente que acaba de brotar de las heridas; los sesos, sesos humanos que aun palpitan; las carnes miembros de cadáveres á quienes el suicidio ó el asesinato han arrancado violentamente á los goces ó á los tormentos de la vida; el agua lagrimas, y hasta las inocentes flores parece que le gritan: ¡Come si te atreves! ¡Malvado! ¡Ladron! ¡Asesino!

Y la Verdad le esplica aquella vision con estas palabras: Las cosas son lo que son, no lo que parecen; esas cosas son tu oro y ese oro lo has adquirido con tus crímenes. Alimentate ahora de tus crímenes, si puedes, y prolonga el infierno de tu vida.

¿Qué hacer Dios mío? murmuró el Conde. Y la enérgica voz de la Bondad le contestaba: ¿Qué? cumplir con tu deber y regenerarte por la penitencia. Devuelve lo que no es tuyo, trabaja en bien de los

demás lo que has trabajado en su perdicion, y puedes salvarte todavia.

Mas el conde, en medio de sus dolores, contestaba: ¡Jamás he de degradarme hasta ese extremo! ¡Qué dirá el mundo, si desciendo de la posicion que he sabido conquistarme! La muerte me librá de vosotros.

—Pero las tres le replicaban: ¡Ni la muerte! ¿A dónde quieres huir de nosotras, si nosotras somos tú mismo?

V.

¿Qué hizo el Conde? No lo sabemos, porque solo hasta aquí llega nuestra Crónica; pero como á los fines de ella hay una nota marginal que dice así:

«Esta historia es la tuya! ¿Quieres saber el final? pues pregúntatelo á tí propio.»

FEDERICO DE CASTRO.

ARCO - IRIS

Mr. Jourdain, el célebre personaje de Moliere, á los cuarenta años recién supo que hablaba en prosa.

Algo parecido le ha pasado al autor de un artículo titulado *Romanticismo y naturalismo*, que registra el último número de EL ALBUM.

Lo probaremos mas adelante.

* *

El artículo en cuestion, bajo el velo de una gran prudencia, es parcial á lo sumo, y en algunos párrafos desciende hasta la ofensa, sin motivo y lo que aún es peor, sin razon y contra toda razon.

Aunque no conocemos al autor que firma ese artículo, vamos sin embargo, á demostrarle en tono amigable, que no estaba preparado para tratar tan escabrosa cuestion y que tampoco ha procedido con lógica, como afirma al terminar.

* *

Dice en un párrafo: «Estudiando las dos escuelas bajo un punto de vista general é independiente, se llega á esta conclusion: ni la una, ni la otra, tales como se pretende establecerlas, son aceptables.»

En otro párrafo: «El naturalismo, por su parte, tal como lo enseñó Zola... y mas adelante; «Aceptado este dominio, incontestable por otra parte, sobre los hábitos interinos de la sociedad, el naturalismo, tal como lo interpreta Zola en sus romances corruptores y lo defienden inconscientemente sus sectarios, es un atentado contra la dignidad y la cultura, que debe atacarse sin miramientos.»

Atáquesele enhorabuena á ojos cerrados, dígame que la sociedad tiene hábitos internos, lo que hace presumir otros externos,—pero aquello de que los sectarios del Naturalismo lo defienden sin conciencia, es demasiado decir;—es prurito de hablar y nada más.

El argumento cae también por su propio peso.

¿Quiénes pueden escribir con más conciencia de un asunto dado sino aquellos que han hecho un estudio especial de él?

¡Y bien! Son precisamente los sectarios del naturalismo los que se encuentran en estas condiciones. Familiarizados con las obras de Balzac, Stendhal, los Goncourt, Flaubert, etc., saben lo que dicen, y mucho más aún, lo que defienden.

El único inconsciente aquí, es el autor del artículo que nos ocupa.

El mismo se encarga de probarlo, cuando dice muy suelto de cuerpo refiriéndose á Nana y á la Dama de las Camelias: Tan lejos estamos de aprobar esa especie de novelas en que sus autores *ocultan* el alma prostituida de sus protagonistas bajo los encantos mentidos y atrayentes de una *falsa virtud*....

Estas solas palabras demuestran que su autor no ha leído la obra de Zola que critica.

En nombre de la buena fé que debe presidir toda discusión, le rogamos nos presente un párrafo, una palabra, aunque sea una letra de esa misma obra en que se haya pretendido ornar el alma de Nana con atributos de virtud.

Conocido es el argumento de esa popular novela para que nos tomemos el trabajo de narrarlo.

Nana es una cortesana—todas las cortesanas—y Zola al hacer la autopsia de ese «documento humano» no ha sido implacable ni bondadoso. La ha observado desde la cuna y luego su pluma se ha concretado á hacer el análisis de su vida: la ha seguido en el lodo de la calle, en la orgía, en todas partes,—patentizando, al mismo tiempo, que las ciudades modernas, en medio del brillo de una civilización avanzada, guardan en su seno y en todas las clases sociales, podridos elementos que sustentan el reinado del vicio.

¿Qué ha resultado de esto?

Ha resultado la novela más ejemplar que se ha escrito en toda la literatura contemporánea.

Margarita Gautier, es cierto, atrae á la juventud porque Dumas la presenta con

falsos atavíos que engañan y seducen,—pero qué enorme diferencia se observa en Nana!

Zola no ha hecho más que abrir violentamente las puertas de un sepulcro blanqueado—y ha mostrado á las nacientes generaciones que en su interior solo había cieno y podredumbre

Esta es la gran lección que no comprende el autor del artículo que refutamos.

Es por esto que dice: «es más seguro librarse de la enfermedad, cuando esta no se ha producido, porque el germen aniquilador de un mal crónico, una vez que se ha introducido, deja en el organismo raíces profundas que cuesta mucho trabajo estirpar».

Esto es confundir las cosas trayendo comparaciones que no hacen al caso.

No se trata de curar enfermedades sino de prever emboscadas del vicio.

El que camina mirando la tierra no caerá en el pantano, cosa que le sucederá al que vaya mirando el azul del cielo.

Si no aceptamos esto, querría decir que está menos espuesto á las seducciones del vicio un joven inesperto que otro que conoce por la lectura donde están sus abismos y cuales son sus consecuencias.

El argumento recuerda las vistas estrechas de muchos de nuestros antepasados, que no querían enseñar á escribir á sus hijas para que no pudieran escribir á sus novios, creyendo que con esta medida las salvaban de todo riesgo.

Parodiando el último párrafo transcrito, podríamos á nuestra vez decir: es más seguro librarse de las constantes amenazas del vicio cuando uno sabe en que parte está y las consecuencias que trae su leproso contacto, que cuando se camina por el mundo con el fuego de los primeros años, ignorando que hay pólvora debajo de los pies.

Pensar otra cosa es hacer la apoteosis de la ignorancia.

Es pensar que los ciegos no han de tropezar en el azaroso camino de la vida.

Con este criterio no deberían estudiarse las enfermedades y la experiencia sería un verdadero cero á la izquierda.

* * *

Volvamos á las primeras transcripciones.

Hemos visto que el articulista, dice que tal como se pretende establecer el naturalismo no es aceptable; y luego agrega: tal como lo entiende Zola; y un poco después: tal como lo interpreta Zola en sus novelas.

Necesitaríamos el hilo de Ariadna para salir de este laberinto.

Tal como se pretende establecer... pero, ¿por quién?—Este es un secreto que se le tiene muy guardado el articulista.

«Como lo entiende Zola» ya es más claro; pero en seguida volvemos á confundirnos nuevamente porque es «según lo interpreta en sus novelas.»

Emilio Zola ha escrito varios tomos de crítica y ha apreciado el naturalismo en todas sus faces. Ha repetido hasta el cansancio que ese pobre naturalismo, bestia negra de tantos moralistas de ocasión, no es más que una evolución de la literatura, que marca un progreso aliándose con la ciencia moderna.

Esto es todo. Después ha escrito novelas y la observación y el análisis lo han llevado á la verdad. Esto levanta polvaredas y parece que no ha sido del gusto de los hipócritas del siglo.

El mismo se encarga de decirnos en su modestia, que su labor de hombre y sus alcances de autor nada tienen que ver con el Naturalismo.

Aunque nosotros aceptamos el naturalismo como elevado credo literario y nos parece que los romances de Zola son su más fiel expresión, queremos, sin embargo, insistir en esta distinción, porque son precisamente cosas separadas y que un crítico de buena fé debe siempre deslindar.

Si no se hiciera esto, sucedería que si Zola, escribiese una obra verdaderamente indecente, todos tendrían derecho á decir que el naturalismo era indecente.

Y llevados de esta famosa lógica, si escribiese una obra de teología, tendríamos que confesar, que el naturalismo era obispo por lo menos.

* * *

Mucho más tendríamos que decir, pero escribimos faltándonos materialmente el tiempo, que no nos alcanza en esta ocasión ni para leer lo que dejamos escrito.

Terminó el articulista con estas palabras: «Elegir un término medio, es decir, adoptar un género de literatura que reúna las cualidades y deseche los defectos de ambos sistemas sin participar exageradamente ni del uno ni del otro, esa es la solución que se debe buscar al problema planteado, y la única lógicamente aceptable.»

Esto es lo que en lenguaje filosófico se llama eclecticismo.

Bien lo decíamos al principio: el articulista no se da cuenta de que es ecléctico como Mr. Jourdain hablaba en prosa sin saberlo.

El término medio, de que tanto se abusa y que muchos presentan como la adecuada panacea para dirimir problemas difíciles, no es más que una balanza con fiel falso que se inclina al más leve peso de la pasión.

El hombre es una resultante fatal de medios complejos. Accionan en él educación, temperamento, clima, edad y muchas otras causas tal vez inapreciables.

No es pues, su razón de todo punto una cosa abstracta que pueda dar un juicio matemático y enteramente independiente. Desde que abandona la cuna, como un manto que roza con el suelo y va adhiriendo las partículas del tránsito, empieza sin saberlo á saturarse de preocupaciones, libando en todas las flores el paulal de su carácter futuro.

Ilusiones cándidas ú orgullos que los azares de la vida no han disipado aún, creen, sin embargo, lo contrario.

Pero siempre se podrá repetir con Galileo: *E pur si muove*. El pobre juicio del hombre depende hasta de la influencia de los callos.

Por esto, que el eclecticismo, es una palabra vana, porque es superior á la fuerza del hombre colocarse en el justo medio del buen sentido.

Esto no quita que todos sigan creyendo que han conseguido ese equilibrio moral y que recíprocamente se compadezcan.

Pero si la proclama se oye no le sucede el hecho.

Emprenda el trabajo de esa novela de balancin, señor articulista.

Nos suscribimos anticipadamente á diez ejemplares.

MISCELANEA

—
e nos pide la publicacion de los siguientes versos:

A MI HIJA MARIA

En su cumple-años

I

A los plácidos fulgores
Que exhala el sol de este día
Quiero mezclar, hija mía,
Los perfumes de estas flores.

Flores al calor nacidas
De tu amor, humilde palma,
Suspiros tiernos del alma,
Latidos del corazón,
Plegaria que á Dios eleva
Con fervor puro y ardiente

Para que te dé clemente.
Como yo, su bendicion.

Para que vele en tu guarda
Y tu virtud ilumine,
Y piadoso te encamine
Por el sendero del bien;
Y adune en torno á tu anhelo
De la dicha los favores
Sin que amargos sinsabores
Puedan abatir tu sien.

II

Fatigado peregrino
Voy de mi vida al ocaso
Cuando se abren á tu paso
Las flores de la ilusion,
Flores que esmalta el engaño
Con matices seductores....
Precávete de esas flores
Que hieren el corazón!

Conserva pura en tu ser
La sávia de mi existencia
Y no empañe tu inocencia
El mas lijero rubor,
A fin de que en mi partida
Pueda con tierno embeleso
Posar en tu frente el beso
Que hoy imprimó á tu candor.

Y al levantar hácia Dios
Mi corazón, ya marchito,
Guardes tú, mi ángel bendito,
El corazón de los dos!

P. PALMARINI.

**

Publica *The Times* un incidente romántico que ha tenido lugar recientemente en los alrededores de Londres.

Un joven cura de la Iglesia del Estado, de interesnnte aspecto y que gozaba de mucha popularidad en su parroquia, recibió la visita de una lindísima muchacha, de fisonomia melancólica y vestida con ascético traje.

Después de alguna confusion y de haber enjugado una lágrima furtiva, la visitante reveló al joven eclesiástico que se habia atrevido á ir á verlo porque estaba de por medio su felicidad, y quizás su vida.

El cura pidió, como es natural, mas esplicaciones, pero después de haber hecho varios esfuerzos por hablar, ahogada por los sollozos, le dijo la muchacha que era asunto de mucha importancia y que no podia comunicárselo sino en su propia casa, á donde le suplicaba que fuera, como amigo espiritual, á hacerle una visita. Continuu-

ron conversando y el cura prometió visitarla.

Al siguiente día se presentó, en efecto, en casa de la joven cuyas señas ésta le dejara. La muchacha, entonces, le reveló con miradas llenas de tristeza y con voz que indicaba remordimiento y timidez, el secreto fatal.

—Me inspira vd., señor, un amor profundo y apasionado, dijo. Yo sé que no debo abrigar esperanzas, pues habiéndose vd. entregado á la iglesia, lo cual no hace mas que avivar mi pasión, debe vd. vivir célibe. Me resigno; no creo que viviré muchos años, me muero de amor.

Sin dar tiempo al joven cura para salir de su asombro, prosiguió:

—Un favor puede vd. hacerme, sin embargo; su recuerdo me consolará en el triste porvenir que me aguarda.... Vamos á separarnos, ¿me negará vd. un beso, un beso nada mas?

El joven eclesiástico se estremeció, púsose pálido como la muerte, vaciló, pero pudo más la lástima que la peregrina belleza de la joven le inspiraba, y la dió el beso.

Otra lágrima rodó por las encendidas mejillas de la niña, dió al generoso joven un jaldios! capaz de desgarrar el corazón mas empedernido, y se separaron.

A los pocos días recibió el eclesiástico un elegante sobre primorosamente atado con una cintita celeste, lo abrió y se encontró con una fotografía instantánea en que él mismo estaba besando á la muchacha. Junto con la fotografía iba una esquelita de la astuta joven en que le decia que tenia once ejemplares mas de aquel retrato y que podría hacerse de todos ellos á razon de veinte libras esterlinas cada uno; que si no los queria, ella iba á negociar los por otra parte.

Se dice que han entrado en arreglos.

**

Se dice, que Enriqueta Peña se casa con Adolfo Mendiburu, y Ana Julia Mendiburu con Carlos Williams.

Dámaso del Campo con Maria Marul Maldonado.

Enriqueta Terrero con Roberto White.

Ubaldina Elegalde con el doctor Navia.

El doctor Antonio Piñero, que acaba de ser nombrado jefe de la clínica de niños, con la señorita de Pombo.

Juan Francisco Seguí con una de las niñas de Spangenberg.

Un conocido corredor con la hija de un flamante ex-Ministro de Hacienda de Buenos Aires.

Se habla tambien del casamiento casi simultáneo de dos hijas de un antiguo y reputadísimo profesor de filosofía.

En el centro de la prensa se comenta otro enlace que meterá bulla. Se trata nada menos que del primer reporter de la prensa argentina, viajero perpétuo, por mas señas, y de una jóven inglesa de notable hermosura.

Se anuncian tambien los casamientos de Martin Viñales con Emilia Alais.

Francisca Madero con Julian Linch.

Delia Somellera con José Lara.

Rufinito Varela con Justa Montes de Oca.

Magdalena Lloveras con Teodoro Atucha.

Saturnina Rigal con el jóven Bustos, hermano del Juez de lo Civil en la Capital.

La señorita de Fernandez con un primo del mismo apellido; y sobre todos ellos y tal vez antes que todos, el de Josefina Lastra con Pedro Martínez.

El luto de la novia ha aplazado por breve tiempo el enlace del Doctor Ernesto Quedada con Leonor Pacheco.

Dejamos media docena de nombres en el tintero por habérsenos comunicado con carácter dudoso; pero podemos agregar que se susurra el cambio de estado de un viudo, maduro ya, que habita en la calle de Suipacha.

Los últimos árboles que quedaban en la Plaza 25 de Mayo han caído ayer bajo la implacable hacha municipal, dejando libre el espacio que circunda á la estatua del General Belgrano. Los pobres y feos eucaliptus están ahora, agonizantes, tendidos en el suelo largo á largo, esperando que el carro municipal á que corresponden como carga súcia, los vaya á sacar de la plaza.

Esta parece ahora mas grande, la estatua se destaca mejor y los frentes de las casas de Gobierno y de Correos lucen toda su belleza.

Décidément, M. Alvear á du chic.

Un estimable colega local publica un telegrama de San Nicolás, del cual extractamos lo siguiente:

«Un buque está descargando durmientes para el ferro-carril Oeste, frente á los terrenos de su propiedad. Echanse estos al agua y son sacados á lazo con una yunta de caballos. Es chocante esto, aquí, dondesobran puntos aparentes y próximos á la estacion para practicar con rapidez esa clase de operaciones.»

De todo lo cual se desprende que hay buques que son propietarios de terrenos, que hay terrenos que se zambullen en el

agua y son sacados con lazo por medio de una yunta de caballos, y que en materia de sintáxis hay corresponsales telegráficos que dan quince y raya al vizcaino más lerdo.

Probablemente el autor de ese telegrama es uno de los durmientes de que hace mencion.

Será un sonámbulo que le dará por mandar telegramas.

Lo que más nos admira, despues de todo, es la llaneza con que trata á un buque que es propietario nada menos que de terrenos, por más que esos terrenos tengan la higiénica costumbre de bañarse.

Nosotros habríamos dicho:

«Un señor buque que está descargando corresponsales telegráficos, etc.»

El otro dia dimos cuenta á nuestros lectores, de haberse presentado al Departamento Nacional de Higiene Doña Maria Erramondebeherre solicitando el análisis por el químico de esa reparticion de un preservativo contra la viruela que acompañaba en un frasco. En el Departamento se le exigió hiciera conocer el nombre de los agentes que intervenian en su composicion, sin cuyo requisito no podia ser analizado. Despues de maduras reflexiones y de hacer presente que lo hacia por simple amor al prójimo, dijo que accederia al pedido que se le hacia. Hoy fué al Departamento pidiendo se le agregara á la solicitud la lista perdida.

No haya duda!

Segun nos lo asegura, no habrá mas víctimas de la viruela, siempre que se use el preservativo inventado por ella.

Es el fruto de mas de veinte años de experimentos continuos.

Ante ella el mismo D. Amorato de la Oliva, es un simple avechicho.

A continuacion va la esplicacion que da del preservativo, á la cual conservamos su ortografía original:

El preservativo que presento y doy la formula; se compone de la yerba de piedra —para un litro de aguardiente de 40 grados dos onzas de la dicha hierba en infusion y se dan friccion en todo el cuerpo una zola ves y si tuviera fiebre la persona se pondrán paños de agua cedativa en el cráneo una tasa de te de flor de borraja con una narizadita de alcanfor en polbo.

Maria Erramondebeherre.

Una señora de esta ciudad está separada de su esposo hace cinco ó seis años, y parece

que, en ausencia de su legítimo dueño, no se muestra exigente en la eleccion de sus relaciones.

Una hija nacida del citado matrimonio, vive con la madre, aprovechando probablemente la moral educacion que esta le puede dar.

Antesyer, el padre de la niña, deseoso de ver á esta, que cinco años hace no recibia su bendicion, se presentó en el domicilio de su esposa, despues de oraciones, solicitando permiso para satisfacer su legítimo deseo.

La madre, que ocupa tres piezas interiores de una casa perteneciente á un antiguo militar de caballería, ocupante de las otras tres piezas, no tuvo inconveniente en acceder á lo que el esposo solicitaba.

El padre cariñoso, á solas con su hija en un cuarto, mientras la esposa indiferente se ocupaba mas adentro en asuntos domésticos, hacia á la niña diversas preguntas.

Repentinamente un sujeto anciano, de gran barba, con traje semi-militar, hace irrupcion en el pátio de la casa dando gritos, volteando tinajas de plantas. Una borrachera épica dominaba al brusco visitante y parecia que su vino era de los mas malos, porque aparentaba estar ó estaba realmente furioso de cólera.

El pobre padre, que vió al energúmeno por la puerta abierta del cuarto en que estaba con su hija, tomó apresuradamente su sombrero, hizo al rededor del borracho algunas gambetas para evitar que lo viera y huyó despavoridamente á la calle, sin oír siquiera los gritos de su esposa, que lo llamaba desde el segundo zaguán de la casa.

Interrogada luego la niña por la madre sobre las causas de la precipitada fuga del esposo, supo que este habia creído ver en el borracho á alguna de las relaciones de muger, y, temiendo que su presencia diera parecer inconveniente, habia puesto los pies en polvorosa.

El borracho no era otro, entre tanto, que el viejo militar de caballería, dueño de casa que acostumbra á ahogar penas, cada dia, en una soberana tranca, que le ha dado grandes gritos sin empujarlos jamás vias de hecho.

El «Album del Hogar» lleva hoy los siguientes materiales:

Drama y tragedia, por Josefina P. de Gasta.—El esqueleto, poema, por Enri E. Rivarola.—Las tres damas imperio conclusion, por Federico de Castro.—At iris.—Miscelánea.